

Francisca Herraiz

Cerca de mí

Amazon

CERCA DE MÍ

Francisca Herraiz

Título original: Cerca de mí
© Francisca Herraiz, 2018
Diseño de portada: Francisca Herraiz
Registro propiedad: 1811068957019
Todos los derechos reservados
Distribuido por Amazon

*Este libro no habría llegado a buen término
sin el apoyo y ayuda de tres personas increíbles.*

*Debo dar las gracias a
Esther, Joaky e Isabel
quienes me tendieron
una mano cuando más lo necesitaba.
Este libro es para ellas.*

Índice

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

EPÍLOGO

I

No sentía dolor, no oía nada a su alrededor, como si el bullicio que se había creado en la calle no existiera. Tampoco veía más allá de la casa en llamas. Estaba paralizado, lo único que hacía era pensar de forma vertiginosa y echarse la culpa. Llegó tarde, no pudo salvarles, si hubiera llegado unos minutos antes podría haberlas sacado de ese infierno, pero él, cabeza de familia, protector, bombero, no estaba en casa. Estaba en el bar ahogando sus penas, ¿penas? Sí, había descubierto que su mujer le engañaba, ¿y qué? Al menos estaba viva y su pequeña también. Que le pongan los cuernos a uno no era tan grave como ver morir a tus seres más queridos, no poder hacer nada por salvarles y él era bombero, bombero. ¿De qué le sirvió? No pudo hacer nada, llegó demasiado tarde.

Alguien le cogió las manos, ni aun así sintió nada. Las luces de las sirenas se reflejaban en la calzada, había varias ambulancias, coches de policía y también vecinos fisgones, alarmados. Sabía que miraban a la casa y a él por partes iguales. Se preguntaban qué había pasado, cómo había sucedido algo así precisamente ahí. Se preguntaban dónde estaba él, cómo permitió que pasara algo tan trágico. Sabía que tenía los brazos quemados, parte de las piernas y la cara, pero todavía no había dolor, solo conmoción. No podía, no quería creer lo que estaba viendo, las llamas devorando su hogar, no quería ni pensar el infierno que vivió dentro, buscando a su mujer con desesperación, al bebé, llamándoles entre el humo denso, llorando por el miedo y el calor asfixiante, tosiendo por la falta de oxígeno, quemándose los pulmones. Primero fue al cuarto del bebé, la cuna ardía, no se oía ningún llanto. Imposible entrar. Luego intentó rescatar a su mujer, estaba en el suelo de la habitación, no se movía. Una viga cedió, cayendo en mitad del cuarto, haciendo que las llamas cobraran más intensidad. Fue hacia ella, notando cómo el fuego se adhería a su piel, apartó un mueble ardiendo, quemándose las manos, sintió una llamarada intensa en su rostro. Consiguió llegar hasta ella y cogerla por las muñecas, la arrastró y alguien llegó tras él. No oyó nada, ni las sirenas, ni los gritos, estaba desesperado. Uno de sus compañeros de trabajo, vestido con el uniforme, le puso una mascarilla de oxígeno. Él se la quitó de un manotazo, pidiendo que ayudaran a su mujer. «Está muerta». No quiso oírlo, le arrastraron por el pasillo devorado por las llamas, le obligaron a salir. El camión de los bomberos ya estaba frente a su casa, las

mangueras preparadas. Los vecinos asustados, gritando.

—Debemos llevarle al hospital.

Alguien le cogía del brazo, él se zafó con brusquedad, sin apartar la mirada de las llamas. Sus compañeros se afanaban en apagar el fuego. Ya todo daba igual. Todo estaba perdido. Su niña, su pequeña de seis meses, nunca la vería crecer, nunca la vería casarse, nunca iría a la escuela, a la universidad, nunca sabría cuáles serían sus sueños, sus aspiraciones, sus gustos. Era la niña más bonita del mundo, la más cariñosa, la más alegre, ya nadie podría conocerla, ya no podría disfrutar nunca más de sus risas, de sus baños, de sus ojos infantiles mirándole con admiración. Había sido padre, había sido feliz, había tenido una vida plena, ahora, había muerto con ellas.

II

Habían pasado años difíciles. La crisis económica les afectó como a tantas familias. Su marido David se quedó sin trabajo, al igual que ella. No perdieron el piso gracias a sus padres, quienes les ayudaron en todo lo posible. La más importante, comida y techo, lo tuvieron cubierto, aunque fuera a base de la ayuda de terceros. Su amor incondicional tampoco se vio afectado. Esto fue lo que les ayudó a seguir adelante, a no rendirse. Fueron cinco largos años de carencias. Nada de salidas románticas, nada de escapadas de fin de semana, nada de ir al cine, nada de tomar unas copas con los amigos que, por otra parte, decidieron apartarse, nunca mejor que en los momentos difíciles para saber quién te conviene y quién no. Los padres estuvieron ahí, siempre, los amigos, en fin, se dieron cuenta que nunca los tuvieron.

Y aún debían dar gracias de tener un techo, vieron familias quedarse sin nada, viviendo de la caridad y, lo peor de todo, con hijos. Al menos ellos decidieron esperar y no tenían que sufrir viendo cómo lo pasaban mal, solo debían preocuparse por ellos mismos.

Por fortuna, no hay mal que cien años dure y David terminó por encontrar trabajo donde, a los seis meses, le hicieron fijo. Y al igual que las desgracias dicen que nunca vienen solas, las cosas buenas parecieron venir también a pares. Poco después, ella también encontró empleo en una fábrica textil. El tener que pedir se había terminado. Los dos sueldos les permitieron volver a su vida anterior. Pudieron pagar sus deudas, regalarse algún capricho y volver a salir.

Con las dos primeras pagas dobles debatieron si irse de vacaciones o cambiar su viejo coche. Decidieron coger las vacaciones, su vida durante esos años había sido tan estresante que lo necesitaban. Así pues, llenaron el maletero con sus cosas y se prepararon para el tan merecido descanso. Con ellos iba su perro Dustin, un labrador de año y medio color crema regalo de la madre de Tania, en un intento de alegrar su existencia. A Tania le encantaban los animales, pero su situación le impidió tener mascotas. Su madre, viéndola triste día sí y día también, decidió adoptar a Dustin, un cachorro por aquel entonces. Tania se alegró mucho y Dustin consiguió que quisiera volver a pasear, tener una distracción que la alejaba de las preocupaciones por unos momentos. Su madre, de nuevo, se encargó de los gastos y Tania pudo

disfrutar de su nuevo compañero. Ahora, perro y dueña, eran inseparables, se convirtió en el nuevo miembro de la familia y por eso les acompañaba, bien sujeto, en la parte trasera del coche.

—¿Lo tienes todo? —preguntó David antes de cerrar la puerta.

Ella asintió con la última bolsa de viaje en la mano. Escuchó ruido en el piso que daba justo en frente. Sabía que, hacía unos meses, vino a vivir allí un hombre, pero no lo había visto nunca, ni siquiera pudo verle cuando se mudó. Su vecina de abajo, que estaba al tanto de todo, le dijo que era un hombre huraño, que vivía solo, que nunca saludaba y parecía un pordiosero. Ella le preguntó si sería un okupa, pero ella le dijo que no, que la agencia le explicó que el hombre pagaba el alquiler religiosamente cada mes, a lo que la mujer se extrañó porque nunca le vio salir a trabajar. Lo cierto era que del interior salía un olor desagradable, esperaba que no se hubiera muerto allí dentro. Su marido le quitaba importancia, no todo el mundo era sociable, mientras no molestara, que hiciera lo que quisiera. A ella no le convencía esa filosofía, la inquietaba no saber quién tenía viviendo justo frente a su piso. No le vio en ninguna reunión, no se presentó, no salía de casa, incluso pudo comprobar que le traían la compra los chicos del supermercado.

—Vamos, cielo, no quiero llegar tarde.

Ella salió de sus cavilaciones absurdas y asintió. Bajaron al coche y se sentaron, el primer tramo conduciría ella, luego se cambiarían, así no les resultaría tan cansado. Tania se puso al volante con una amplia sonrisa, no solo porque por fin se iban de vacaciones, lo cual le hacía una ilusión inmensa, sino porque tenía una grata noticia que darle a su marido. Quería esperar a llegar, pero no podía, estaba impaciente por decírselo. Le miró con ojos brillantes, él arqueó las cejas.

—¿Qué pasa, por qué no nos vamos? Ya, has olvidado algo, ¿verdad?

Tania negó con la cabeza sin poder borrar la sonrisa de sus labios.

—Nada de eso, todo lo que necesito está en el coche.

Él se encogió de hombros sin dejar de mirarla, sonrió también sin saber por qué.

—¿Y esa sonrisa?

—Ayer supe algo y quería decírtelo antes de irnos.

Él esperó paciente a que ella continuara.

—Anoche me hice la prueba de embarazo.

Los ojos de David se abrieron de golpe y se notó su nerviosismo pasándose las manos por el escaso cabello castaño. Ella asintió sonriendo

más ampliamente.

—Cariño, vamos a ser papás. —le dijo por fin.

David se giró hacia ella para abrazarla, Dustin, en un intento de participar en la alegría colectiva, ladró feliz.

—Cielo, eso es genial, un niño, oh, Dios mío, vamos a ser papás, ¿en serio?

Ella asintió con energía. Vio que David tenía los ojos llenos de lágrimas por la emoción.

—Esperaba que te hiciera tanta ilusión como a mí. —Se sinceró ella, la cual se había quitado un peso de encima, sabía que quería ser papá, pero no sabía si ese momento sería el más adecuado, si estaría preparado, ahora que veía su reacción se daba cuenta que sus temores fueron infundados.

—¿Ilusión? —Miró hacia arriba—. Estoy eufórico, un bebé —La miró sonriente-, vamos a ser una familia, por fin todo nos va bien.

—Las cosas buenas siempre se hacen esperar, pero merecen la pena, ¿no crees?

Él volvió a abrazarla.

—En cuanto llegemos llamaré a mis padres, ¿los tuyos ya lo saben? —hablaba rápido debido a los nervios.

—Aún no, quería que tú fueras el primero.

David la besó lleno de euforia, tan fuerte que le hizo daño, ella se rio, hacía tiempo que no le veía tan feliz.

—Cielo, deben saberlo cuanto antes, oh, cariño, me haces el hombre más feliz del mundo.

Escuchaba las sirenas, estaba aturdida. Dustin ladraba histérico. Le dolía todo el cuerpo, sobre todo las piernas y la cabeza. No podía moverse, lo peor era la oscuridad, no conseguía ver nada.

—Señora, la ayuda viene de camino, agárrese a mi cuello, la sacaré de ahí.

¿Qué, sacarla de dónde, qué había pasado? No era la voz de David, era la voz de un desconocido. Notó cómo ese hombre le pasaba los brazos por su cuello y la agarraba con cuidado, luego el aire fresco en la cara con olor a gasolina. Dustin seguía ladrando, aunque le oía algo más lejos.

—Intentaré sacar al perro, espere aquí un momento.

La dejó sobre el asfalto, o supuso que lo era, ¿por qué no podía ver nada? Se tocó la cara y notó que estaba cubierta de un líquido espeso. De

pronto, la lengua caliente de Dustin le tocó la mano, se movía histérico, ella le abrazó sintiendo un poco de paz.

—¿Cómo se encuentra?

Le preguntó el desconocido, la voz sonaba a su altura, frente a ella.

—No veo nada, me duele todo. —dijo con una voz que no reconoció como suya, sonó débil, asustada.

—Tranquila, la ambulancia no tardará en llegar.

—Mi marido...

—¿Cree que puede haberse roto algo? ¿Cómo se llama? —Siguió preguntándole ese hombre, puede que intentara hacerla sentir mejor, evitar que se pusiera histérica.

—Tania.

—Yo soy Iván, iba tras su coche cuando he visto el accidente.

—¿Accidente? ¿Y mi marido, dónde está? —comenzó a ponerse nerviosa—. ¿Y David?, ¡David! —Le llamó angustiada.

—Tranquila, todo irá bien.

¿Por qué no le contestaba, por qué no conseguía ver nada? ¿Quién era ese hombre? ¿Qué había pasado? ¿Qué todo iría bien? No, nada iba bien, necesitaba oír la voz de David.

—Señor, puede retirarse, nosotros nos encargamos.

La ayuda había llegado. Ahora todo se arreglaría.

—Hay un hombre en el coche, no he podido sacarle. —dijo el desconocido.

¿Su marido estaba en el coche? Notó su corazón palpar desbocado.

—Los bomberos se ocupan de él. Señora, ¿cómo se encuentra?, ¿dónde le duele? Somos del servicio de urgencias, vamos a ayudarla, ¿de acuerdo?

Y se desmayó.

III

Cuando despertó fue como si no lo hubiera hecho, intentó abrir los ojos y no pudo, la oscuridad la envolvía y eso la ponía nerviosa. Le dolía todo el cuerpo, pero podía mover las piernas y los brazos, esa era una buena señal. Notaba algo en la cabeza, se tocó con la mano y pudo comprobar que tenía puesta una venda rodeándole los ojos, por eso no podía ver nada. Debía tener puesto el suero, pues notaba un tubito de goma en el brazo derecho y el dolor típico de la aguja en el dorso de la mano.

—Oh, cariño, gracias a Dios que ya has despertado, nos tenías tan preocupados.

Era la voz de su madre. Tanía se sentía confusa, mareada y tenía mucha sed, notaba la boca seca.

—¿Dónde estoy?

Su voz sonó pastosa y lenta.

—En el hospital, ¿cómo te encuentras, mi niña?

—Agua.

Escuchó a su madre apresurarse por satisfacer ese simple deseo, luego le mojó los labios con una gasa.

—Ahora vendrá la enfermera y le preguntaré si ya puedes beber agua.

Aquel gesto, mojando los labios, fue como una pequeña tortura, no saciaba su sed, la aumentaba, solo refrescaba sus labios agrietados.

—Me duele todo, ¿qué ha pasado?

—¿No lo recuerdas? Papá, ¿crees que puede tener amnesia?

Así que su padre también estaba ahí, lo que quería decir que habían dejado solo a su hermano para estar con ella. Algo grave le debió pasar.

—No, mamá, ella está bien, solo necesita tiempo. Cariño —su padre se dirigía ahora a ella—, ¿recuerdas el accidente?

¿Accidente? De pronto le vino a la memoria estar sonriendo feliz porque iba a ser mamá, miraba a David, que lloraba de alegría. Se despistó, no vio el stop, luego la cara de David, nunca le vio abrir tanto los ojos en un gesto de pánico, la reacción que tuvo al instante de inclinarse hacia ella, protegiendo su vientre con los brazos mientras gritaba un largo no. La confusión que sintió ella, aún sin percatarse del peligro y un golpe que venía del lado del copiloto. Todo fue tan rápido que apenas tuvo tiempo de asimilar lo que estaba pasando. Después las vueltas, el mundo giraba, el miedo la paralizó,

no recordaba ni haber gritado. Cristales volando en todas direcciones, pensar en la muerte, luego todo se volvía oscuro, puede que perdiera el conocimiento. Más tarde alguien que la ayudó a salir del coche.

—¿Quién me salvó? Un hombre me sacó del coche.

Y entonces recordó que llamó a David, que nadie le respondía, ni él mismo. La angustia subió a su garganta, no se atrevía a preguntar. Intentó tragar saliva, pero tenía la boca tan seca que le hacía daño.

—¿Y David? —consiguió reunir el valor de preguntar con un hilo de voz.

Silencio. Podía imaginarse a sus padres mirarse el uno al otro, cómplices de ese secreto a voces.

—El milagro es que no perdiste al bebé, cariño, hasta los médicos se asombraron, estás de tan poco tiempo, pero se aferró a la vida, como tú. Nos enteramos por el doctor, ¿tú lo sabías?

El bebé estaba bien, eso la hizo respirar un poco. Asintió para luego negar con la cabeza, destrozada.

—Está muerto, ¿verdad?

David estaba sentado a su lado, protegió al bebé con su propia vida, era imposible que sobreviviera a ese accidente.

—Ahora debes luchar por tu bebé, cariño. —dijo su madre agarrando su mano con ternura.

—Yo..., no lo vi, no miraba la carretera, me despisté y ahora él...

Se le hizo un nudo en la garganta y no pudo continuar. Notó que su madre se sentaba al borde de la cama y le acariciaba el pelo.

—No, cariño, no tuviste la culpa, no te martirices con eso, por favor. Los accidentes se llaman así porque nadie tiene la culpa. Las cosas pasaron así, ya nada se puede hacer, debes reponerte por esa criatura que crece en tu interior y seguir adelante.

Tania negaba con la cabeza.

—He dejado a esta criatura sin padre, mamá, ¿cómo quieres que me sienta con fuerzas de seguir adelante? David no está, no conocerá a su hijo, si le hubieras visto lo feliz que era...

Y no pudo evitar llorar, pese a que, al hacerlo, sentía un enorme dolor y escozor en los ojos.

—Cariño, mi vida, el dolor pasará con el tiempo, debes ser fuerte.

—El último escalón, espera aquí, no te muevas, voy a abrir la puerta. —

Su madre abrió y entró a Dustin.

Después de un mes en el hospital y cuatro en casa de sus padres, por fin se atrevió a dar el paso y volver a su piso. Su madre había venido días antes para adecentarlo, ventilarlo y quitar todo de en medio para evitar que se tropezara. Sufría por su madre, le daba mucho trabajo y ella ya tenía suficiente, por eso decidió volver, aunque hacerlo le supusiera un dolor tremendo al no saber cómo manejar el tremendo volumen de recuerdos que se agolpaban en su mente. En ese piso estaba su vida con David, los buenos y malos momentos, todos felices a su lado, ahora estaba vacía, llena de fantasmas. Pero su decisión era firme, no quería ser un estorbo para sus padres, debía empezar a aprender a vivir sola con su nueva situación. Algún día debía empezar y decidió que sería ese.

Mientras esperaba, el olor nauseabundo del piso de su vecino llegó hasta ella. Cogió aire y, decidida, palpó con la mano hasta encontrar el timbre. Su madre, alarmada, corrió a su lado.

—¿Se puede saber qué haces?

—Entra en casa, yo voy ahora.

—No pienso dejarte sola. —le dijo en un susurro.

—Estoy bien, quiero hacer esto yo sola, por favor, puedes cotillear por la mirilla.

—Pero ¿por qué?

—Necesito hacerlo.

La oyó suspirar con resignación.

—Está bien, estoy justo detrás de la puerta, cualquier cosa alzas la mano y vengo enseguida.

—Ve tranquila, no pasará nada, no seas dramática.

Su madre le dio un beso en la mejilla y la escuchó caminar hacia su piso, debió entornar la puerta porque no escuchó cómo se cerraba del todo.

Llamó al timbre y esperó un rato considerable, a punto estuvo de volver a llamar cuando escuchó pasos al otro lado.

—¿Qué quieres?

Su voz tras la puerta. Los recuerdos vinieron de nuevo, atenazándole el corazón, como siempre. Fue esa voz la primera que escuchó tras el accidente, jamás podría olvidarla. Aunque en aquella ocasión no fue tan dura como ahora.

—¿Puedes abrir, por favor?

Un momento de silencio, luego el cerrojo de la puerta, una vez abierta el

aire del interior salió como una bofetada provocándole una arcada que intentó disimular. Tragó saliva.

—Hola... —De pronto se sintió insegura, ¿qué hacía ella allí? Su madre tenía razón, no tenía por qué hacerlo, aunque en su interior algo le decía que era lo correcto—, solo venía para darte las gracias.

De nuevo el silencio, debía estar escrutándola.

—De nada. —le oyó decir al fin.

Y escuchó que cerraba la puerta, antes de poder hacerlo, ella la detuvo con la mano.

—Me gustaría invitarte a tomar un café esta tarde. Por cierto, soy Tania, supongo que me recuerdas. —Levantó la mano para que él se la estrechara, pero tropezó con su cuerpo, no sabía exactamente dónde se encontraba él, aún le era difícil manejar las distancias—. Oh, perdona.

Unos segundos de lo más incómodos después, notó la mano de él, sudorosa y grande, que cogía la suya para consumir el saludo.

—Sé quién eres.

Ella asintió, soltando su mando, se pasó la mano por el pelo largo, colocándose el flequillo tras las orejas en un acto reflejo, siempre hacía lo mismo cuando se sentía incómodo o nerviosa.

—Aquel día me es muy confuso, siento no recordar...

—Iván. —Le respondió él sin dejar que terminara—. ¿Las gafas de sol aquí dentro son para tapar tus ojos? ¿No ves nada?

La pregunta fue tan directa y sincera que no le molestó.

—Sí, bueno, los cristales me destrozaron la cara, perdí un ojo y el otro quedó inservible. —Se encogió de hombros. Era una de las muchas cosas que perdió aquel día.

—¿Y esa barriga, has engordado o...?

Tania sonrió, no sabía por qué no le ofendía su forma de hablar, tal vez esa neutralidad en la voz como diciendo, la verdad es que no me importa lo más mínimo, o puede que fuera porque el resto del mundo parecía tratarla como si fuera a romperse, siempre con cuidado, midiendo sus palabras, eso sí la molestaba. Se pasó las manos por el vientre y alzó la cabeza hacia, más o menos, donde creía que estaba la cabeza de él. Le mostró una amplia sonrisa, aunque ignoraba si estaba bien, en su mente recordaba ser una mujer bastante bonita, con una sonrisa perfecta, pero desde que perdió la vista, no estaba segura de si su sonrisa era la misma o hacía alguna mueca. Tampoco podía saber si su precioso cabello oscuro, de larga melena, estaba bien peinado. Si

por los quillos de más le había salido papada, si el dolor le había creado alguna que otra arruga de más o si le habían salido canas, su madre era muy cauta al respecto, para ella siempre estaba bien. De todos modos, era algo que ya no le importaba. Su manera de enfrentarse a la vida, cambió de forma radical tras el accidente, cosas que antes le parecían un trauma, ahora le eran totalmente indiferentes.

—Esto te lo debo a ti. —dijo al fin respondiendo a su impertinente pregunta.

—¿Perdona? —Su voz sí mostró esta vez algún sentimiento, sorpresa e incompreensión.

Tania, al darse cuenta de cómo se lo había dicho, sintió que el rubor subía a sus mejillas, no recordaba sentirse tan abochornada desde su adolescencia.

—Vaya, perdona, dicho así suena fatal. —Su voz sonó ronca, carraspeó para poder continuar—. Quería decir que, gracias a que me rescataste tan rápido, que estuviste allí y me salvaste, llamaste a la ambulancia, todo eso, que es gracias a ti que la vida de mi bebé se salvó, las dos te debemos la vida. —No pretendía explicarse tan mal, se había agobiado, ¿qué le pasaba? Ese hombre la ponía nerviosa, suspiró y volvió a sonreír para relajarse—. Hace unos días supe que es una niña, ¿sabes?

Otro silencio, esta vez más largo, odiaba no poder ver la expresión de su cara.

—¿Sigues ahí? —Terminó por preguntar.

—Me alegro. —Otra vez el sonido de la puerta al cerrarse.

—¿Vendrás a las cinco? —Se apresuró a decir antes de toparse con la puerta en las narices.

La puerta no se cerró y escuchó su voz de nuevo.

—Mira, gracias por venir, pero no me debes nada, solo hice lo que tenía que hacer.

—Ah, ¿sí? ¿Cuántas personas más se bajaron del coche para ayudarme?

—Déjalo, estaba ahí y pude hacerlo, siento no haber podido hacer nada por el hombre.

Ella bajó la cabeza.

—Era mi marido. —Su voz se quebró ante el recuerdo que aún dolía demasiado. Cogió aire y alzó de nuevo la cabeza hacia él—. Por favor, quiero que mi madre vea que soy capaz de hacer las cosas yo sola, necesito que vuelva a casa tranquila, confiando en que puedo volver a retomar mi vida. —

Consciente de que su madre la espiaba al otro lado, esta vez habló más bajo esperando que no la escuchara.

—¿Siempre eres tan pesada?

Ella sonrió.

—¿Eso quiere decir que vendrás?

Le oyó suspirar.

—Tengo que pensarlo.

—Te estaré esperando.

Se giró para ir hacia su puerta. Era la primera vez desde que salió del hospital que iba a dar un paso sola, siempre había estado acompañada por su madre o su padre. De pronto, se sintió perdida, llena de una gran inseguridad.

—¿Te acerco a la puerta? —Le escuchó decir a él desde atrás.

—Ya la ayudo yo, gracias.

Su madre salió del piso y pronto notó cómo la agarraba del brazo.

—¿Ha estado espiando todo el rato, señora? —dijo él con sorna.

—Por supuesto que no y si piensa venir a tomar café esta tarde, le sugiero que se dé un baño.

—Eso es un por supuesto que sí. —le respondió él.

—Mamá, por favor. —Se incomodó Tania, a veces su madre era demasiado directa.

—Es cierto, apesta, no me he pasado toda la semana limpiando para que este tipo apeste la casa.

—Mamá, me salvó la vida, sé educada.

—No te preocupes —dijo él—, no le ensuciaré el piso porque no pienso ir, puede estar tranquila.

Se escuchó un portazo. Tania se cruzó de brazos una vez en casa.

—¿Estarás contenta?

—Tú no has visto qué pinta tiene, cariño, parece un pordiosero. Puede que te salvara la vida, pero me asusta, no lo quiero aquí.

Tania se encogió de hombros.

—No sé mamá, debe haberle pasado algo malo, nadie se abandona así sin un motivo. Creo que ha perdido a alguien. Y no está bien juzgar a alguien solo por su apariencia, si fuera tan mala persona, me hubiera dejado en el coche.

Escuchó a su madre moverse algo inquieta, sus palabras debieron hacerle sentirse mal consigo misma.

—Puede que tengas razón, cariño, y solo se me ocurre un motivo para

estar así de destrozado, yo solo lo haría si perdiera a un hijo.

Tania se quedó pensativa.

—Pobre hombre, no quiero ni imaginarlo. —Cogió aire, decidida—. Y por eso mismo siento que, al igual que él me salvó, yo debo ayudarle, se nota que está perdido. —Suspiró—. Pero de todos modos hoy no vendrá, gracias a ti.

—Yo no puedo saber qué le pasa a ese hombre si no habla con nadie y todo lo que hemos dicho son conjeturas, cariño, puede que solo sea un vago, no lo sé.

—Bueno, dejemos el tema, mi posición sigue siendo la misma, cuando termines la comida te vas a casa.

—No pienso dejarte sola.

—Ya lo hemos hablado y no es negociable.

Notó que su madre la abrazaba, necesitaba aprender a sentir cuándo alguien se le acercaba porque siempre se sobresaltaba.

—Puedo quedarme, de verdad.

Ella negó con la cabeza.

—Santi te necesita más que yo y papá no puede cargar con él todo el día, contigo está mejor, y lo sabes. Además, Dustin cuidará de mí. —Al escuchar su nombre el perro se acercó a su dueña y le lamió la mano.

—¿Me llamarás si no puedes hacerlo? —preguntó su madre con preocupación.

—Sabes que sí.

Pero cuando escuchó la puerta cerrarse y supo que estaba sola, el temor le atenazó el estómago.

IV

Tuvo que pasar la mano por el espejo para poder ver su reflejo en él, estaba tan sucio que parecía opaco. No había limpiado desde que alquiló el piso, tampoco dedicó tiempo a su higiene personal, dejando que creciera la barba y el cabello. No solía mirarse en el espejo y ahora que se miraba después de tanto tiempo, podía comprender el recelo de esa mujer, parecía un vagabundo loco. Levantó el brazo y olió su sobaco. Era peor de lo que pensaba. Había llegado el momento de cambiar, se había abandonado demasiado tiempo y no podía aceptar la invitación de su vecina con esas pintas y ese olor. Rebuscó entre el desorden unas tijeras y recortó la barba, no se afeitó. Cortó su cabello de cualquier forma, procurando acabar con todos los nudos. Tampoco quería dejarlo muy corto, el pelo, la barba, las gafas de sol y la gorra que siempre llevaba, ayudaban a ocultar sus cicatrices, pero esa tarde tampoco importaba demasiado, ella no podía verle. Se fijó en sus manos, con el mismo problema, solía ocultarlas con guantes o dentro de los bolsillos, esperaba que ella no tuviera que tocarlas, al menos él procuraría que no lo hiciera.

Dejó las tijeras en el primer hueco que vio y no se detuvo a limpiar los pelos cortados, un poco más de suciedad no importaba, ya limpiaría todo de una vez cuando se decidiera, puede que pronto. Conocer a su vecina le había hecho despertar de un largo sueño donde solo aparecía él, donde el mundo que le rodeaba desapareció, donde amigos y familiares habían sido aparcados lejos de su existencia. Se había sumido en una desesperación interna de la que se negaba a salir, no quería ver a nadie, hablar con nadie y salía a la calle cuando era solo estrictamente necesario. Cuando vio el accidente y la ayudó a salir del coche, algo cambió en su interior. Viejos recuerdos acudieron a su mente, buenos recuerdos, porque los malos se negaban a marcharse. Después, cuando acudió a darle las gracias, sintió que otro pedacito del muro que había construido con tanto celo, caía sin darse cuenta. Hablar con ella le recordó que aún era un ser humano, que aún era parte de una sociedad. Era extraño cómo olvidó su propia identidad, quién era él, quién fue, quién podía ser de nuevo. Creyó no poder volver a la vida, pero al aparecer ella, le pareció algo natural, más fácil de lo que pensaba. Puede que el ser ciega le facilitara las cosas. Aún no lo entendía, tampoco que estuviera encendiendo la ducha para lavarse y acudir a una cita inesperada. Se enjabonó a conciencia, quitándose

toda la roña de meses, todo el mal olor. No pensó que le sentaría tan bien, se sintió nuevo, reconfortado, pero al salir se dio cuenta que no tenía nada de ropa limpia. Cogió un montón que había esparcido por el cuarto y lo metió en la lavadora. Esperó desnudo hasta que terminó el programa y puso la secadora. Una vez terminó, sacó las prendas que necesitaba y dejó el resto, ya las guardaría después. Se vistió, todo estaba arrugado, pero ella no lo sabría. Al menos estaba limpio, incluso se echó desodorante y colonia. ¿Qué más podía pedir?

Al mirarse de nuevo en el espejo parecía alguien distinto, una sombra del hombre que fue un día y la imagen le trajo malos recuerdos. Enfurecido, le dio un puñetazo, rompiendo el cristal. Agachó la cabeza, pensativo. ¿Por qué hacía eso? No tenía ninguna necesidad de ir, no le debía nada, ni él estaba en la obligación de ayudarla, ya hizo bastante salvándole la vida. Su deuda con el mundo estaba saldada, podía seguir en su cueva, en su mundo interior, ¿por qué complicarse la vida? Le iba bien en su aislamiento. Miró su mano, sangraba en algunos nudillos. Se echó agua y se puso una venda para tapan las heridas, luego salió al comedor para sentarse en el sofá mugriento, lleno de restos de comida y cerveza seca. ¿Cómo había terminado así? Creyó ser un hombre fuerte, pero al mirarse ahora veía cómo la vida le había derrotado, o él se había dejado llevar. Miró hacia la puerta, aún era pronto. Escuchó ruido en el exterior, se levantó para acercarse a la mirilla. Vio a la madre de su vecina marcharse, ¿la dejaba sola?, ¿cómo podía irse sin más? El piso estuvo varios meses vacío, era el primer día que volvía, no estaba preparada para estar sola, ¿en qué pensaba esa mujer? Tal vez fuera a comprar algo, sí, sería eso. Con esa esperanza volvió al sofá para comer algo. Cogió una bolsa de patatas fritas de la noche anterior y se terminó una cerveza que había en la mesita. Luego fue a la cocina y se comió una manzana. Volvió a la mirilla, no se oía nada, esa mujer no volvía. ¿Y qué? No era su problema. Se sentó en el sofá y puso la televisión, se quedó dormido sin darse cuenta, cuando despertó eran casi las cinco. Lo primero que hizo fue mirar la puerta y preguntarse si seguiría sola.

—Al diablo.

Se levantó y salió de casa.

V

Se había sentado en el sofá, incapaz de hacer nada. Estar sola, después de varios meses en constante compañía, no era tan fácil como se pensó en un principio. Dustin estaba a su lado, con la cabeza apoyada en sus rodillas, ella le acariciaba de forma automática, sin pensar, solo dejando pasar el tiempo. Por un lado, era una suerte no poder ver el piso vacío, los recuerdos que llenaban cada pared, cada estancia, pero el silencio, era lo peor de todo, le confirmaba lo que quería olvidar, lo que necesitaba alejar de su mente, que él no estaba, que nunca volvería.

En la mesita de al lado, a mano, tenía el teléfono, el cual acariciaba de vez en cuando para luego reunir el valor de superar la tentación y no llamar a su madre. No hacía ni tres horas que se había marchado, le había prometido, le había asegurado que sabría cuidarse sola, no podía llamarla nada más irse. Echó la cabeza hacia atrás, indignada consigo misma por ser tan cobarde, era una mujer adulta, tenía que ser fuerte, debía superarlo, seguir adelante. Sintió ganas de llorar, era demasiado, no se sentía capaz de superarlo sola, el dolor era demasiado grande aún y la ceguera difícil de llevar, no se acostumbraba a que siempre fuera de noche, a caminar en tinieblas, la ahogaba, siempre pensado que iba a tropezar, arrastrando los pies con miedo a caer, era horrible no saber qué tenía delante. Tras una vida entera de visión, perder la vista fue duro, demasiado y la tristeza que la atenazaba no le ayudaba a sobrellevarlo. Se acarició el vientre, su pequeña crecía en su interior, se aferraba a la vida, la admiraba, la amaba, ella era la única que le salvaba, que la animaba a seguir, el único vínculo con David.

Dustin levantó la cabeza, lo que hizo que dejara de lado sus pensamientos. El perro bajó del sofá y le escuchó caminar.

—¿Dónde vas?

El timbre de la puerta sonó y Dustin ladró una vez para avisarla. Se levantó y estuvo de pie unos segundos. Llamaban a la puerta, eso significaba tener que abrir, caminar hacia la entrada, sola, sin nadie que la guiara.

—Dustin, ven aquí, vamos, ven.

Sintió la cabeza del perro a su lado, obediente. Le agarró del collar. Volvieron a llamar.

—Un momento, por favor.

Gritó desde el salón esperando que la oyeran.

—Vamos, chico, llévame.

Dustin comenzó a caminar y ella esperó que la llevara a la puerta. El perro hizo bien su trabajo y Tania palpó la puerta hasta dar con el pomo. Antes de abrir, preguntó quién era.

—Soy Iván, si quieres me voy.

¿Su vecino? Así que al final había decidido aceptar su invitación. ¿Y ahora qué hacía, le dejaba entrar? Sí, bueno, le salvó la vida, pero no le conocía de nada, según su madre parecía un pordiosero y ella estaba sola, ¿era una buena idea dejarle entrar, sería una buena persona o estaría loco? La verdad es que no lo pensó demasiado cuando le invitó, fue algo impulsivo y ahora no estaba muy segura de haber hecho lo correcto.

—Oye, no tengo todo el día, mira, ya nos veremos.

¿Ya nos veremos? Bonita expresión para alguien que no podía ver. Qué poco sensible. Abrió la puerta.

—Si tantas ganas tienes de irte, ¿para qué has venido?

Gritó al espacio oscuro que tenía frente a ella.

—Tú me invitaste.

Sí, lo sabía.

—¿Quieres que entre o no? —continuó él.

Era extraño, pero no le vino ese mal olor de esa mañana, incluso olía a colonia, ¿se había duchado?

—¿Qué tal un café? —dijo al fin no muy convencida. Dustin estaba tranquilo a su lado y él solía ser bastante selectivo con las personas, si no le caían bien ladraba sin parar. Tendría que fiarse de su instinto. Se apartó de la puerta.

—Vamos, chico, dentro.

Caminó hacia el salón y escuchó que se cerraba la puerta, luego unos pasos, lo que quería decir que su vecino había decidido entrar y que ahora estaba sola en casa con un extraño. Estupendo, muy maduro por su parte, ni que fuera una chiquilla. Bueno, ya estaba hecho, no había vuelta atrás, solo esperaba que Dustin la defendiera llegado el caso.

—Bonito piso.

Le escuchó decir desde atrás.

—Gracias. Siéntate.

—Tranquila, si me dices donde encuentro las cosas, preparo yo el café.

Bonito detalle, pero no necesitaba ayuda, podía apañarse sola.

—Oh, no, por favor, eres mi invitado, lo haré yo.

—¿Estás segura? A mí no me molesta.

—¿Insinúas que no puedo hacerlo?

Un momento de silencio, le encantaría poder ver su cara.

—Vale, me siento en el sofá, el café me gusta solo, gracias. Y que no esté aguado.

—Bien, ¿pastas o galletas para acompañar?

—Tú misma, a mí me da igual.

Bien, él se había sentado, o eso creía. Dustin la había abandonado, posiblemente se había sentado junto a él en el sofá. La cocina quedaba frente al salón, solo tenía que dar unos pasos hasta llegar a ella. Con la mano tocó el sofá para orientarse, era el respaldo, así que la cocina estaba frente a ella. Estiró las manos, necesitaba un bastón, su madre se lo había repetido hasta la saciedad, no lo dejes, te será de mucha ayuda, solo tienes que acostumbrarte a él. Y ella, ni caso, puede que lo dejara junto a la puerta, o junto al sofá, no lo recordaba, odiaba ese cacharro, le hacía sentirse aún más necesitada.

—Tendrás que contar los pasos.

Sintió que él la agarraba por el codo.

—¿Cómo? —preguntó confundida.

—Desde el sofá, ese será tu referente, está en medio de todo, te colocas tras el sofá, como estás ahora y comienzas a contar, frente a ti la cocina, a tu derecha el pasillo, a tu izquierda la entrada. Si cuentas los pasos que hay hasta cada sitio, te será más sencillo llegar. Vamos, te acompaño y contamos juntos.

La colocó de espaldas al respaldo y dieron un paso, él contó uno en voz alta, luego otro y otro hasta llegar a la puerta de la cocina.

—Cinco pasos hasta la puerta de la cocina.

Tania tocó el marco. Asintió. Uno, dos.

—Aquí tienes la encimera.

Ella puso las manos sobre el mármol.

—Gracias. —dijo a media voz, se sentía como una niña a la que acaban de enseñarle una gran lección.

—¿Dónde guardas el café?

—En el armario de arriba, el que da a la nevera.

Escuchó que él abría.

—¿Y la cafetera? No, espera, ya la veo.

—Debería hacerlo yo. —Insistió ella.

—Primero debes familiarizarte con el entorno...

—Es mi casa. —reprochó ella cruzándose de brazos. No era su comentario lo que le sentó mal, era el saber que tenía razón.

Pese a estar en su hogar, pese a saberse cada centímetro del lugar, dónde estaba cada cosa, todo le era extraño y diferente ahora, era como si todo fuera nuevo. No era lo mismo verlo cada día, sin prestarle atención a nada, a estar a oscuras y dudar de tus recuerdos, ¿la silla estaba ahí o más a la derecha?, ¿había dejado algo ahí en medio?, ¿la mesa estaba más en el centro y dónde estaba el centro exactamente? Sus recuerdos no eran fiables y esto la enfurecía, por un lado, se sentía tranquila al estar en un entorno conocido, por otro, era una extraña en un mundo diferente, oscuro y que la asustaba.

Escuchó el grifo del agua.

—Pero tu vida ahora es diferente, tienes que darte tiempo, acostumbrarte.

—Parece que sabes mucho del tema, ¿también eres ciego?

Silencio. Pasos, la vitrocerámica encendiéndose.

—No, pero he ayudado a gente que sí lo estaba. De todos modos, si no quieres mi ayuda, me siento en el sofá y te apañas sola.

¿Y la dejaba ahí, con la cafetera puesta? ¿Cómo sabría cuándo estaba listo el café, cómo podría echar el café en los vasos sin derramarlo? Suspiró.

—No puedo hacerlo.

—Podrás.

VI

La había ayudado a sentarse en el sofá, al final él terminó por preparar el café y lo sirvió en la mesita del comedor. Le guio cogiéndole la muñeca hasta donde estaba la taza, todo esto en silencio. No era un hombre muy hablador. Dustin debía estar en algún lugar del suelo, tumbado cerca de ella, aunque no sabía dónde. Tomó un sorbo y bajó la taza hasta sus rodillas. Suspiró, ¿por qué no decía nada? No hacía ruido, ni siquiera para darle vueltas al café, al tomarlo solo no tenía que remover el azúcar. Carraspeó.

—¿Sigues ahí? —preguntó dándole otro sorbo al café.

—A tu lado.

Ella asintió, intentó girar los ojos en su dirección, ya no sabía dónde enfocaban, suponía que nunca en el lugar correcto.

—Bueno, ya que estás aquí tomando un café conmigo, cuéntame algo de ti, ¿cómo un hombre como tú termina siendo una especie de ermitaño?

Silencio. Al final se decidió a contestar.

—¿Un hombre como yo? ¿Qué quieres decir con eso? No me has visto, no sabes cómo soy.

Ese hombre siempre conseguía incomodarla, se inclinó y palpó con la mano libre la mesita para poder colocar su taza en ella. Se colocó el cabello tras la oreja y se echó hacia atrás en el sofá.

—Mi madre me dio una detallada descripción de tu persona. Desaliñado, hosco, siempre encerrado en tu piso. Pero luego vienes aquí y pareces alguien que no encaja en esa descripción, eres amable, me ayudas, ¿cómo acabaste dejándote tanto?

—No te importa.

Seco, tajante, así era él. Negó con la cabeza y le quitó importancia.

—De acuerdo, demasiado personal, lo dejaremos para cuando nos conozcamos mejor.

—Vale, si quieres preguntas incómodas, dime, ¿por qué tu madre te ha dejado sola? Está claro que no sabes defenderte bien en tu nueva situación.

—Un secreto por otro. —intentó persuadirle.

—No hay trato, tu vida no me interesa tanto.

Era incorregible.

—Está bien, te lo contaré de todos modos, sin condiciones. Yo le he dicho que se fuera a casa.

—¿Por qué?

—Tengo un hermano pequeño, nació cuando ya no esperábamos que la familia se ampliara, pero fue bienvenido. Hubo problemas en el parto, en fin, mi hermano tiene parálisis cerebral y mis padres deben dedicarle veinticuatro horas al día, no quiero que se ocupen de mí cuando él sí les necesita de verdad. Si le vieras, es un niño encantador, siempre sonriendo, un ejemplo, es él quien nos anima a seguir adelante cada día y no al revés. Es fuerte, optimista, acepta la vida como viene, le adoro.

—Se nota.

Ella sonrió.

—Cuando nació yo era una adolescente alocada, él me enseñó a ser más responsable, a ver la vida de otra forma. Ayudaba a mis padres, pero supongo que lo que más agradecieron es que yo no les molestara con mis problemas, dejaba que su atención se centrara en él y me apañé sola. Espero poder hacer lo mismo ahora.

—Entiendo, pensé que tu madre era una harpía insensible.

Ella deseó poder mirarle con incredulidad, pero no pudo.

—¿Tú nunca piensas antes de hablar?

—Me gustaría poder ayudarte, si me dejas. —Le soltó ignorando su anterior pregunta—. Quisiera venir cada día, enseñarte a valerte por ti misma, tienes mucho que aprender y el perro también debería aprender cómo ayudarte.

—¿Y por qué querrías hacer algo así por una desconocida?

Otro momento de silencio.

—Antes tenía un trabajo donde salvaba vidas, supongo que viene por defecto.

—¿Eras bombero?

—¿En serio? Ha sido la chismosa de abajo, ¿verdad? Esa mujer metomentodo.

Tanía no pudo evitar reírse.

—No, ¿de verdad eres bombero? Ha sido lo primero que se me ha pasado por la cabeza. —Y siguió riendo.

—Bueno, lo era. Cuando tuviste el accidente y pude salvarte, no sé, algo dentro volvió a despertar. Me gustaría poder ayudarte a recuperar parte de tu vida y que, cuando nazca el bebé, puedas cuidarle sin miedo.

Ella evitó emocionarse, ¿de verdad haría eso por ella?

—Me encantaría, pero solo dime una cosa, ¿perdiste a alguien?

Le escuchó levantarse.

—Te lo vuelvo a repetir, no te importa, no estoy aquí para contarte mi vida, es algo personal y no lo comparto con nadie, ¿entendido?

Ella asintió, demasiado cohibida para responder.

—No más preguntas por hoy, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Estaba claro que había algo dentro de él que le hacía daño, algo de lo que no estaba preparado para hablar, puede que todavía no lo hubiera asumido y ella no era quién para sonsacarle viejos recuerdos.

—Bien, pues comencemos, recoger y preparar la cena. —dijo tajante.

—¿La cena? —preguntó angustiada de repente. Aquello eran palabras mayores.

—¿Pretendes morir de hambre?

—Muy gracioso, yo...

—Si quieres vivir sola para dejar que tus padres cuiden de tu hermano, tienes que cocinar.

—Puedo pedir pizzas.

—Sí, claro, venga, no me seas cobarde ahora, has demostrado que no lo eres, no me engañas. Levanta, ponte detrás del sofá y cuenta como lo hemos hecho antes.

—Eres un profesor demasiado exigente, ¿no podemos empezar mañana?

—Otra cosa, después de cenar saldrás a pasear al perro, no puede estar encerrado aquí todo el día.

Ella suspiró.

—Me estás estresando, no puedo aprenderlo todo en unas horas.

—Ya veremos. Venga, no tenemos todo el día.

El teléfono sonó. Se quedaron en silencio, ella alargó la mano palpando el aire hasta dar con él. Sabía quién era.

—Hola, mamá. —dijo sin más.

—¿Cómo estás, necesitas que vaya? Tu hermano ahora está tranquilo, puedo ir un rato y prepararte la cena.

—Estoy bien, mamá, no te preocupes, si necesito ayuda te llamaré, quedamos en eso.

—Estoy preocupada, ahí sola...

—Estoy bien, de verdad, y no estoy sola.

—¿Quién hay?

—El vecino.

Un pequeño grito de sorpresa al otro lado.

—¿Y qué hace ahí?

—Le invité, ¿recuerdas?

—Pensé que no iría.

—Yo también.

—Ahora sí que voy.

—Mamá, no, estoy bien, me está ayudando, mañana hablamos, quédate tranquila.

—¿Y si es un psicópata?

—Ya estaría muerta, ha tenido tiempo, hemos tomado café, de verdad, estoy bien.

—No sé.

Iván le arrebató el teléfono de las manos.

—Señora, soy el vecino de su hija, ella está bien, yo la cuido.

—¿Y quién eres tú para cuidar a mi hija?

—No soy nadie, pero puedo ayudarla.

—Mañana iré a verla y espero que esté bien.

—No solo eso, estará feliz.

Tania le daba vueltas a esa última frase, estará feliz. Desde el accidente solo le hacía feliz una cosa, su bebé, ¿cómo iba ese desconocido a devolverle la felicidad perdida? Un hombre que, por algún motivo que no quería contarle, se había encerrado en sí mismo, se había abandonado y vivía como un pordiosero, no podía darle lecciones de vida. Si necesitaba un ejemplo, siempre pensaba en su hermano, él nunca se afligía, a pesar de tener tantos problemas, a pesar de tener una vida tan difícil. Él era su ejemplo, su motor y no su vecino. ¿Quién se creía que era? Le invitaba a tomar un café y tomaba el mando sin más, te voy a enseñar, aprenderás a cuidarte sola, a cuidar de tu bebé, debes sacar al perro, volverás a ser feliz. Cuánta autoridad, ¿quién le había nombrado jefe? Era su vida y ella decidía cuándo y cómo.

—No vuelvas a quitarme el teléfono. Las conversaciones con mi madre son privadas. Al igual que tu vida, la mía tiene ciertos límites, así que no vuelvas a entrometerte.

Se cruzó de brazos con cara enfadada, o al menos eso esperaba.

—Tu madre está acostumbrada a cuidar de vosotros, no puede evitarlo, pero debe dejarte volar sola, sé que puedes.

—Claro, con tu inestimable e imprescindible ayuda, por supuesto. ¿Qué haría yo sin ti?

—Tropezar, hacerte daño y llamar a tu madre pidiendo ayuda, dándole el doble de trabajo.

Se quedó callada, tenía razón y odiaba que la tuviera.

—Entonces, ¿me quedo o prefieres hacer las cosas tú sola?

Odiaba lo que iba a decir.

—Quédate.

VII

Antes de preparar la cena la obligó, sin objeciones, a pasear al perro. Le entregó el bastón que había dejado junto a la puerta y en la otra mano puso la correa de Dustin. El edificio no tenía ascensor, así que era un problema añadido. Sentirse al borde del primer escalón, sabiendo que podía caer, la angustiaba. Él debió notarlo, por lo que le quitó a Dustin para agarrarla del brazo.

—Tantea con el pie el borde del escalón. No te voy a dejar caer, no tengas miedo.

Ella obedeció, él parecía saber lo que hacía. Notó el principio del escalón y se detuvo.

—Bien, ahora baja el pie con cuidado al siguiente escalón, siempre tanteando para no salirte de él, eso te haría caer.

Ella apretó los labios.

—Gracias por no asustarme. —replicó.

—Si quieres un cuento de hadas podemos hablar con Disney, de momento vives en la realidad y en ella puedes caer, no voy a adornarte la vida para que te sientas mejor.

—Desde luego, ese no es tu estilo.

¿Qué hacía con ese hombre? Debería haberlo mandado a paseo hacía tiempo. Su madre se había encargado de reservarle plaza en un centro donde le enseñarían todo lo que necesitaba, incluso a clases de lectura en Braille.

—Mira, agradezco tu ayuda, pero mañana debo ir a que me enseñen todo esto, no es necesario que te molestes, ni que pierdas el tiempo conmigo. —dijo al fin.

—Eso se traduce a que tienes miedo y deseas rendirte.

Si pudiera verle la cara le daba una bofetada.

—No es eso, solo que no me conoces y tanta molestia no es necesaria, mi madre se ha encargado de todo.

—Y otra vez tu madre, mira, debes empezar a dejar de depender de ella. Eres una mujer adulta y tienes que aprender a valerte por ti sola.

—También me he quedado ciega y he perdido a mi marido, siento si no soy la mujer fuerte que esperabas, pero me cuesta adaptarme a esta nueva situación, ¿vale? Y no quiero a un desconocido haciéndose el héroe, ya me salvaste la vida, no me debes nada más.

De pronto se hizo el silencio. Notó cómo él le entregaba de nuevo a Dustin y luego pasos, más tarde una puerta cerrarse de golpe.

—¿Iván?

Silencio. Con el bastón palpó el aire.

—¿Iván?

Repitió sin obtener respuesta. ¿La había dejado sola? Agachó la cabeza, abatida. ¿Y qué esperaba? Le había echado, le había dicho que no le necesitaba, captó la indirecta, pero ¿dejarla al borde de la escalera, sola? Eso era demasiado. Sintió miedo, podía caer. Se echó hacia atrás, Dustin no se movió, verse tan cerca de su paseo y ahora que su dueña decidiera anularlo no le debió sentarle muy bien.

—Vamos, Dustin, a casa.

El perro ladró y tiró de ella. Su corazón se aceleró, estaba tan cerca de la escalera.

—¡Dustin, quieto!

Pero el perro no obedeció y volvió a tirar de ella, notó el escalón con el pie, estaba al borde, iba a caer. Alguien la agarró del brazo y le quitó al perro.

—Vuelve a casa, yo pasearé al perro.

Su voz sonó seca, la apartó y le escuchó bajar. Ni hablar, era su perro. Con la mano libre agarró el pasamanos, con el pie situó el primer peldaño y con el bastón intentó calcular la distancia. Con cuidado bajó el primer escalón. Siempre palpando la barandilla y los escalones, fue bajando poco a poco. Sonrió al verse capaz de hacerlo sola. Llegó al primer espacio y descansó. La lengua de Dustin le lamió la mano.

—No vuelvas a decirme que me hago el héroe, no lo soy.

Así que no se había ido.

—Siento si te ha molestado.

—Tal vez estés mejor con tu madre, tienes razón, no me conoces y me he entrometido en tu vida.

Ella sopló, molesta.

—Eres un tío complicado, ¿sabes?

—No tanto, tú te empeñas en complicarlo todo, en realidad es muy sencillo, tu madre, yo. Me quedo, me voy. Decide.

—La verdad es que no sé cuántas veces me vas a salvar la vida. Ahora Dustin ha estado a punto de tirarme, si no hubiera sido por ti...

-No es para tanto.

—Tal vez para ti no, si eras bombero estarías acostumbrado a salvar

vidas, pero para mí es importante, no suelo, o no solía necesitar que nadie me salvara. Mira, creo que hemos empezado con mal pie, esta situación me supera, si me dejas, me gustaría poder pasear a mi perro, contigo.

—Eres una mujer valiente, Tania, muy valiente. Vamos, Dustin está nervioso.

Bajaron a la calle. Los ruidos del exterior le parecían más molestos que de costumbre, los olores más intensos, era como si todo se hubiera incrementado en su mente al carecer de visión. Nunca antes tuvo tan presente el motor de los vehículos, las conversaciones, los aparatos de aire, todo a su alrededor era ruido y ella necesitaba clasificarlos, memorizarlos e ir apartándolos para concentrarse. Todo la confundía, la hacía sentirse perdida, en constante peligro. ¿Cómo podría esquivar un coche, cómo sabría cuándo cruzar una carretera, cómo sabría dónde estaba el bordillo, o un árbol, una persona? Era abrumador, la aterraba. Se aferró con fuerza al brazo de Iván y caminó despacio, él respetó su ritmo, lo cual agradeció. A medida que paseaban le indicaba las señales que debía memorizar para la próxima vez, una farola, un edificio y le invitó a contar los pasos de un punto a otro. Deberían repetirlo porque no creía poder recordarlo todo.

En el parque, la ayudó a sentarse en un banco mientras Dustin correteaba a sus anchas. El aire fresco en la cara le sentó bien y el estar quieta en un lugar, sin temor a tropezar, también.

—Es tan complicado, me siento torpe, una niña asustada en una habitación cerrada, sin luz.

—Debes darte tiempo.

—¿Después de este día tan intenso, en serio me vas a obligar a hacer la cena? Estoy agotada, solo por hoy deberías dejarme pedir unas pizzas. Usar el teléfono también es importante.

—No debería, pero seré benevolente solo esta vez. Hoy haré yo la cena mientras tú te relajas en el sofá.

Esto le trajo a la memoria una imagen, David preparando la cena mientras ella leía tumbada en el sofá, un momento íntimo, compartido con su marido, no quería ese recuerdo con su vecino.

—No, tú no sabes dónde están las cosas, no te quiero merodeando por mi cocina.

—Oye, si es porque no está limpia, no te preocupes, ni me daré cuenta, no has visto mi piso.

Hubo un silencio, si le pudiera ver la cara seguro que veía

arrepentimiento.

—No es eso, es que... preparar la cena, es algo íntimo.

—Está bien, pero estoy harto de pizzas, ¿qué tal unas hamburguesas?

—Demasiadas grasas.

—Venga ya, ¿en serio?

—Por la noche es demasiado pesada. Algo ligero, unos sándwiches.

—Pues los preparas tú, me niego a pedir eso a domicilio, es ridículo.

—¿Por qué eres tan complicado?

—¿Yo!

—Déjalo, haz tú los bocadillos.

VIII

—Gracias por la cena y por la ayuda. —le dijo desde el sofá.

Iván se había levantado y se preparaba para irse. De pronto, se sintió insegura. Sería la primera noche que pasaría sola. Carraspeó.

—Estaré bien. —dijo para convencerse a sí misma.

—No lo dudo.

—No quiero quedarme sola. —dijo al fin de carrerilla.

—Lo sé. Pero ¿no tienes miedo de dormir con un desconocido?

—Si quisieras hacerme daño has tenido todo el día, además, tengo un perro feroz que me protegerá.

—¿Feroz? Tania, ahora mismo me está lamiendo la mano.

—¡Dustin! Bueno, eso es porque sabe que no nos harás daño.

—Dormiré en el sofá.

—Sí, por supuesto, traeré unas sábanas.

—No es necesario, dormiré vestido.

—Pero, puedes tener frío.

—Estaré bien.

Tania se encogió de hombros.

—Eres tan cabezota, vale, como quieras, esto... —Se giró hacia donde suponía estaba el pasillo que daba a su cuarto—, ¿podrías acompañarme a mi habitación?

—Es el mismo procedimiento, Tania, desde el sofá, cuenta hasta llegar a la entrada del pasillo, luego guíate con la mano en la pared hasta llegar a tu habitación.

Ella movió los brazos desesperada.

—Lo sé, ¿vale? Pero estoy muy cansada, pretendes que lo aprenda todo en un día y no puedo. —Agachó la cabeza y rompió a llorar—. No puedo más.

Notó que él la rodeaba con sus brazos y, agradecida, se dejó llevar, apoyando la cabeza en su pecho, la ropa olía a jabón, debía haberla lavado ese mismo día, se había aseado por ella. Por un momento se sintió tranquila, necesitaba ese abrazo, esa muestra de apoyo, él era demasiado duro, demasiado exigente y ella intentaba sobrevivir en su primer día sola como persona invidente y viuda.

—Venga, no llores, lo siento, llevo mucho tiempo aislado del mundo,

supongo que mi carácter se ha agriado un poco.

Ella se separó de él colocándose bien las gafas de sol, de las que no se separaba nunca, con el abrazo se le habían torcido.

—¿Un poco? Entonces no es que fueras mucho mejor antes. —Soltó secándose las lágrimas de las mejillas—. Siento haberme derrumbado, ha sido un día largo.

—Antes no era así, pero ya no importa, vamos, te llevo a tu habitación, pero solo por esta noche.

La cogió del brazo y la acompañó por el pasillo, Tania pensó en su madre, si se enteraba de que iba a dormir con el vecino pondría el grito en el cielo.

—Ya hemos llegado.

La habitación olía a lejía, su madre había limpiado a conciencia. Se detuvo cuando él la soltó.

—¿Cómo está? —le preguntó moviendo la cabeza a un lado y a otro, como intentando atrapar alguna luz, como si, desde otra perspectiva, pudiera conseguir ver algo.

—Limpia.

Ella suspiró, la sacaba de quicio.

—Sí, huelo la lejía, pero... —Tragó saliva—, ¿y sus cosas, las ha dejado? Él siempre dejaba la camisa en el respaldo de la silla del tocador. Sus zapatillas frente a la cama, su colonia en la mesita, el libro que estaba leyendo, ¿siguen ahí?

—No, no hay nada que pueda pertenecer a un hombre en esta habitación.

—Oh, mamá, ¿qué has hecho? —Entonces reparó en algo—. ¿Y la foto? Había una foto de mi boda en el tocador.

Un momento de silencio.

—No hay nada, solo maquillaje, un cepillo y un perfume.

—¿Ha quitado la foto?

—¿Y qué más da?, tampoco puedes verla.

—Pero sí tocarla, recordarla, está bien visible en mi memoria, mi madre debería haberme consultado, quiero que esa foto siga donde estaba.

—Mañana podrás hablar con ella, ahora descansa.

—Espera —Le detuvo y se quitó las gafas de sol, al haber llorado le escocía un poco—, ¿dime qué ves? Nadie ha querido decirme cómo están. ¿Dónde estás?

—Frente a ti, mirándote.

Se ruborizó y de pronto no le pareció tan buena idea que le viera las heridas de los ojos, ¿y si estaba muy mal?

—Eres una mujer muy bonita, Tania.

Ella puso una mueca.

—¿Tampoco vas a ser sincero?

—Tienes varias cicatrices, el ojo derecho está cerrado, con una gran cicatriz, no sé si aún tienes ojo o tuvieron que quitarlo. El otro está blanco, rodeado de cicatrices.

Tania asintió poniéndose las gafas a toda prisa. Agachó la cabeza, era peor de lo que esperaba.

—Gracias. Será mejor que las lleve siempre puestas.

Notó que él le agarraba del brazo, bajaba hasta su mano y luego la agarraba con cuidado para subirla a la cara, le dejó palpar su rostro. Tania subió también la otra mano y pasó las yemas de los dedos por la cara de Iván. Se notaba algo de barba, no se había afeitado del todo, una boca generosa, una nariz normal, ni gruesa ni fina, tampoco era una experta, le era difícil hacerse una visión fiel de lo que no conocía y tocaba con las manos. De pronto se detuvo en la mejilla derecha, estaba arrugada, demasiado, subió hasta su ojo, con el mismo defecto. La piel ahí estaba como más suave, sin vello. Retiró las manos, confundida.

—Son quemaduras.

Ella asintió sintiéndose miserable, ¿qué vivió ese hombre para volverse tan huraño?

—Lo siento.

—Tú no tienes la culpa. Solo quería que supieras que, en tu casa, puedes quitarte las gafas, no me asustaré.

—Gracias por dejarme verte.

—De nada.

IX

Llamaban a la puerta. Iván se levantó del sofá y fue a abrir mientras escuchaba ruido en la habitación de Tania. Tras la puerta apareció la madre de Tania que, al verle, mostró un gesto asombrado y violento.

—¿Qué haces tú aquí? —Fue su saludo.

—Buenos días para usted también.

Se quitó de la puerta mientras se rascaba el trasero y volvía al sofá. Era consciente de que su aspecto debía ser desastroso, otra vez. Intentó colocarse un poco el pelo, bebió agua y se recostó en el sofá esperando la reprimenda.

—¿Dónde está mi hija?

—Aquí.

Tania apareció en el pasillo, en camisón, con el pelo alborotado y descalza. A Iván le pareció una bonita imagen. Dustin no se movió del lado de Iván, al cual parecía haberle cogido cariño.

—¿Qué hace este aquí?

—Me llamo Iván, señora. —replicó él, eso de que le llamaran este no le hacía gracia.

—Yo le pedí que se quedara. —respondió Tania con naturalidad, aunque se notaba por su voz algo temblorosa que temía la reacción de su madre.

—¿Y por qué no me llamaste a mí o a tu padre?

—Ya tenéis bastante con Santi, mamá. Yo estoy bien, Iván me cuidó bien.

—Tengo dos hijos, señorita, puedo encargarme de ambos, no necesito que ningún desconocido haga mi trabajo. —Miró a Iván con el ceño fruncido.

—Ya tienes suficiente trabajo y mi lugar está aquí, en mi casa. —repuso Tania con voz cansada, aquello ya lo habían hablado.

—¿Y cuando nazca el bebé? —insistió su madre.

—Me haré cargo de él.

—Oh, claro, ¿cómo vas a poder cuidarle en tu estado? De verdad, no te entiendo Tania, en casa con papá y conmigo estarías bien cuidada y la niña también, lo sabes, ¿por qué te empeñas en complicarte tanto las cosas?

—Bueno, yo os dejo solas, vendré más tarde, si quieres. —dijo Iván levantándose del sofá.

—No es necesario, estaré yo con ella. —Le espetó la madre de Tania.

—Te avisaré si necesito ayuda, gracias por todo Iván. —dijo ella

ignorando a su madre.

—Nos vemos.

—Aprovecha para limpiar. —Le dijo aquella mujer antes de poder cerrar la puerta.

—Podría venir usted, eso se le da muy bien. —Se indignó él.

—Iván, por favor, gracias por tu ayuda. —Quiso quitar hierro al asunto, se veía a leguas que a su madre no le caía bien Iván.

Oyó cerrarse la puerta, ni siquiera se despidió, debía estar un poco harto de su madre.

—¿Pero a ti qué te pasa? —Le recriminó a su madre.

—No me gusta ese hombre.

—Eso ya ha quedado claro y creo que a él también.

—He estado hablando con la vecina de abajo y me ha puesto al tanto de todo.

—No quiero oírlo.

—Pues debes hacerlo.

Tania se cruzó de brazos e intentó poner una pose que le demostrara a su madre que estaba molesta.

—Me parece increíble que hables con esa mujer, solo cuenta chismes, después de todo lo que Iván ha hecho por mí. Si debo saber algo, esperaré a que sea él quién me lo cuente.

—Estuvo en comisaría, le interrogaron, ¿quieres que siga?

La verdad es que le picaba la curiosidad, pero no, su madre no podría con ella, aquello no estaba bien, fisgonear en la vida de los demás sin que la persona implicada pudiera defenderse o aportar su versión. No quería escucharlo. Estaba claro que Iván ocultaba algo, algún suceso de su pasado que le había dejado una gran marca, un dolor indescriptible y él, solo él, tendría que confiar en ella para contárselo.

—Déjalo, por favor. ¿Qué hora es? No quiero llegar tarde a las clases.

—Perdió a su mujer y a su hija.

Tania se llevó la mano a la boca para, al instante, enfurecerse con su madre, si pudiera verla la fulminaría con la mirada. Daba igual lo que le dijera, ella tenía que seguir, nunca la escuchaba. Se cruzó de brazos y llamó a Dustin.

—Mamá, pásame el bastón, Iván me enseñó a bajar las escaleras sola.

Un buen modo de cambiar de conversación era ignorar que la había escuchado. La noticia la había azotado en lo más hondo, perder a su familia, a

su hija, debió ser horrible, ahora entendía su aislamiento, su dejadez, sus pocas ganas de seguir adelante. Aun así, la había ayudado, la enseñaba a manejarse sola para, el día de mañana, poder cuidar de su bebé. Su bebé, ¿cómo debía sentirse él al pensar en la criatura que crecía en su vientre? Debía ser tan duro para él. Se acarició el vientre de forma instintiva. Y era una niña. Le gustaría que pudiera confiar en ella, pero debía darle tiempo, tal vez nunca estuviera preparado para rememorar el pasado.

Su madre le puso el bastón en la mano y la agarró por el brazo.

—Mientras yo esté aquí no vas a bajar las escaleras sola. —Le dijo.

—No me haces ningún favor.

—Más adelante, cuando en el centro digan que ya estás preparada, te dejaré más libertad, mientras tanto, yo seré tus ojos.

Se dejó llevar, al menos había apartado el tema de su mente, de momento.

X

Adoraba a su madre, pero era demasiado protectora, cuando la convencía para dejarla sola, podía respirar tranquila. Su constante preocupación, su conducta hacia ella, haciéndola sentir incapaz o, incluso, otra vez una niña, la hacían sentirse insegura, aunque estaba segura que su madre no se daba cuenta y que, en realidad, era el efecto contrario lo que deseaba conseguir, sin éxito. Tania se sentía pequeña a su lado, indefensa, sin embargo, con Iván podía ser ella misma. Su forma ruda de hablar, su actitud de, en realidad no me importa, la hacía sentirse más fuerte, la obligaba a hacer las cosas por sí misma, en definitiva, se sentía segura y capaz. Al saber que él no la protegía que, al contrario, la obligaba a defenderse sola, hacían que se esforzase más. Todo esto se reveló ante ella mientras cruzaban la calle en busca de un taxi. Su madre no la dejaba hacer nada, ni siquiera utilizar el bastón o ayudarse del perro. Ella lo controlaba todo. En parte podía llegar a entenderla, siempre había cuidado de su hermano, tantos años a su cuidado debieron acostumbrarla a sobreprotegerles. Pero su hermano y ella eran diferentes, su hermano jamás podría avanzar más, jamás podría hacer las cosas solo, estaba obligado a ser dependiente. No tenía que ser así con ella, de hecho, no lo era, solo necesitaba tiempo para aprender y para acostumbrarse a su nueva vida.

Se pasó las manos por el vientre casi de forma inconsciente. Ahí crecía su nueva vida, por la que luchaba, por la que quería salir adelante, el único lazo que la unía a su marido, una pequeña parte de él crecía en su interior. Las clases le iban bien, aprendía rápido, pero todos eran demasiado condescendientes, aquello la ponía nerviosa. Prefería mil veces a Iván, su forma de enseñarla no la hacía recordar constantemente que era invidente, o que necesitaba ayuda.

Durante varios días no tuvo noticias de Iván y su madre no la dejaba sola, después de saber que el vecino, al que tanto odiaba, había estado en comisaria, le daba miedo que volviera a verle. Al final, viendo que las clases le iban bien, pudo convencerla para que se fuera a casa con su hermano. Un poco de silencio le vino bien. Se sentó en el sofá, pensando en cómo pedirle a Iván que volviera, su madre había sido tan ruda con él que le daba algo de vergüenza. Como si le hubiera estado leyendo la mente, escuchó el timbre de la puerta.

Dustin no ladró, por lo que supuso quién era. Cogió su bastón y, como le enseñó, contó los pasos hacia la puerta. Sonrió al llegar sin ningún tropiezo. Antes de abrir preguntó y, como supuso, era Iván. Sonrió al saber que no era rencoroso. Le abrió, dejándole paso para que entrara.

—He visto a tu madre irse.

Fue su presentación, ella asintió.

—Sois más parecidos de lo que crees, ya empiezas a fisgonear por la mirilla, como ella.

No hubo respuesta y al no poder verle la cara no supo si sonreía o se sintió molesto por el comentario. Este aspecto era una parte que odiaba de su situación, no poder ver la reacción de las personas.

—¿Qué tal las clases?

—Bien, lentas, no sé, me parece que aprendo más contigo.

Otro silencio.

—¿Dónde estás? —le preguntó Tania al salón, a ningún punto en concreto.

—Junto al sofá, Dustin me está saludando.

Al perro parecía caerle bien.

—Iván, antes de empezar con lo que sea que quieras enseñarme hoy, quería hablar contigo. No quiero que te enteres por terceras personas y me gustaría ser sincera contigo.

El silencio de aquel hombre la ponía nerviosa. ¿Acaso no se había dado cuenta de que estaba ciega, de que su silencio la incomodaba al no saber si la había escuchado, si le había molestado o si esperaba que ella continuara? A veces era desesperante. Continuó acercándose al sofá. En un momento dado tropezó con él, le pidió disculpas y se sentó.

—¿Puedes sentarte a mi lado, por favor?

Notó cómo el sofá se hundía. Cogió aire.

—Mi madre ha hablado con la vecina de abajo.

Silencio.

—¿Estás ahí?

—Sí.

—Podrías decir algo, porque no te veo, ¿recuerdas?

—Lo siento.

—En fin, ha querido contarme algo sobre ti, yo le he dicho que no quería escucharlo que, si había algo que debía saber, quería que tú me lo dijeras.

—Gracias.

Ella asintió.

—Aun así...

Escuchó un soplido a su lado y notó movimiento en el sofá, ¿estaba nervioso, molesto? Siguió hablando.

—Pues eso, aunque yo le pedí que se callara, ya sabes cómo es, me contó algo sobre ti, muy por encima.

—¿Qué?

Su voz fue seca.

—Que perdiste a tu mujer y a tu hija, que estuviste en comisaría.

Un fuerte movimiento en el sofá, parecía que se había levantado. Pasos de un lado a otro, nerviosos, ahora temía no haber hecho bien en contárselo, pero conocía a su madre y no estaría callada, le encontraría un día en casa y le asaltaría a preguntas. No quería eso, Iván se merecía saberlo y estar preparado.

—Pero ¿quién se cree que es tu madre? ¿Ahora va a investigarme, qué es una poli? ¿Y por qué preguntarle a esa vieja loca, por qué no hablar conmigo? No tiene ningún derecho a fisgonear en mi vida, ¿me oyes? Es mi vida, si no quiero compartirla con nadie, no es su problema, ni un tema de conversación en las tardes aburridas, yo decido lo que quiero contar y lo que no. Es increíble, ¿es que la gente no tiene nada mejor que hacer? ¿No tienen vida propia que deben meterse en la de los demás? Oh, sí, claro, qué divertido, qué entretenida la vida del vecino huraño, ¿sabías que estuvo casado, que tenía una hija? Pues sí y las perdió en un incendio. Puedo preparar unas palomitas para que las señoras se entretengan.

Estaba alterado.

—Solo puedo pedirte perdón, sé que no compensa, pero ella lo único que quiere es protegerme.

—¿Y por eso se mete en mi vida?

—Le preocupa que estuvieras en comisaría.

—¿Teme que queme también tu casa? Mira, no sé ni por qué me molesto.

Escuchó pasos y un portazo, su madre se había lucido y ella también.

XI

—Pues mira, me alegro, no sé por qué se ha entrometido en nuestras vidas.

Volvían de las clases, sentadas en la parte trasera del taxi, Dustin había tenido que quedarse en casa. Le había explicado a su madre que Iván se enfadó al contarle lo sucedido y, para su sorpresa, le salía con esas.

—No te entiendo, mamá. Él solo quiere ayudar, me salvó la vida, ¿recuerdas? Es como si estuvieras celosa.

Hubo un pequeño silencio.

—¿Celosa? No, no es eso, solo que no quiero que nadie reemplace a David.

Tania se quedó parada unos segundos, intentando asimilar sus palabras.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Insinúas que ese tío me gusta, que quiero cambiarlo por David? Oh, mamá, a veces no te entiendo, no hace ni un año que le perdí, ¿ya crees que busco a otro, me crees tan superficial, tan incompetente para no saber salir adelante sin un hombre?

Como no veía dónde estaba, a veces olvidaba que no estaba sola. Gritó a su madre, enfadada y se mordió la lengua tarde, cuando el taxista ya se había enterado de toda la conversación.

—No, cariño, lo siento, no es eso, solo que..., no sé, ese hombre no me gusta, no se dejaba ver y de repente parece indispensable en tu vida, siempre metido en tu casa, siempre dispuesto a ayudar, me da miedo pensar en lo que busca él, en lo que intenta conseguir. Una mujer sola, triste, necesitada de ayuda y él, un hombre solitario que ha sufrido mucho, tal vez no quiera estar solo y eso no es malo, no me malinterpretes, pero ¿por qué tiene que ser con mi niña? Que se busque a otra, tú no le necesitas, nos tienes a nosotros.

Sus planteamientos eran tan descabellados que no sabía ni por dónde cogerlos. Suspiró y se cruzó de brazos, no se molestaría ni en contestar.

—Venga, cielo, no te pongas así, no quiero que nos enfademos por ese tipo.

—Se llama Iván, mamá.

—Me da igual como se llame, pero ¿qué te ha dado con él?

—Nada, mamá, déjalo.

El taxi las dejó frente a la portería, su madre, como siempre, la ayudó a salir, le entregó el bastón y la agarró del brazo. Tania se detuvo.

—Si sigues tratándome así, jamás seré independiente. Mamá, de verdad, te agradezco todo lo que haces por mí, pero no te necesito todo el rato, necesito que me dejes espacio, que me dejes aprender, si no tropiezo, si no me levanto, si lo haces tú por mí, ¿cómo pretendes que salga adelante? No puedo acostumbrarme a hacer las cosas por mí misma porque siempre estás tú ahí facilitándome el camino, recorriéndolo por mí por miedo a que me haga daño. Así no me ayudas.

Hubo un momento de silencio a lo que siguió que su madre le soltara el brazo.

—Lo siento cariño, ni me doy cuenta.

—Lo sé, las dos debemos aprender a sobrellevar esto.

—Sí, todo está pasando demasiado rápido, el accidente, tú en el hospital, tu embarazo, me aterroriza que no puedas con el bebé tú sola.

—También lo sé, pero así solo consigues hacerme partícipe de tu miedo, me arrebatas la poca seguridad que tengo, si no confías en mí, yo pierdo la poca fuerza que tengo. Ayúdame a levantarme, no lo impidas.

Sintió un beso en la mejilla.

—Eres una mujer fuerte, Tania, estoy orgullosa de ti.

—Gracias, mamá, necesitaba oírlo. Ahora, por favor, vete a casa, el resto del día quiero apañármelas sola, aunque me cueste.

Un suspiro.

—Está bien, pero sabes que sufro dejándote sola. Bueno, llámame si necesitas algo.

—Lo haré, vete tranquila.

—¿No quieres que te acompañe arriba?

—Mamá...

—Está bien, está bien, ya me voy.

Apoyó el bastón en el suelo y caminó hacia la portería. No le resultó tan difícil como pensaba, empezaba a acostumbrarse al bastón. Subió las escaleras despacio. Al llegar a su piso escuchó a Dustin rascar tras la puerta, sabiendo que su dueña ya estaba en casa. Sonrió. Se detuvo unos instantes, dudando. Cogió aire y se giró hacia la puerta de Iván. Llamó con los nudillos sin obtener respuesta.

—Sé que estás ahí. Por favor, abre. —No escuchó nada—. Lo siento, siento que mi madre sea tan protectora, tan metomentodo, pero yo no soy ella, solo quería que te enteraras por mí. No tienes que explicarme nada, no tienes que contarme nada si no quieres, pensé que..., empezábamos a ser

amigos.

Agachó la cabeza, «te necesito», pensó. No quería estar sola, no quería tener a su madre todo el día rondándola, protegiéndola, agobiándola sin querer. Necesitaba a alguien neutral, que supiera ayudarla, entenderla, sin intentar evitarle el dolor del fracaso, del tropiezo, de la pérdida. Todo eso estaba ahí y necesitaba superarlo, no que nadie le construyera un camino entre algodones para evitar que sufriera. Se giró y fue hacia su puerta, abrió y Dustin le lamió la mano, contento de verla.

—Hola, ya estoy en casa, ¿me has echado de menos?

—Que quede clara una cosa, no quiero ver a tu madre.

Tania sonrió sin girarse hacia la voz masculina. Se retiró de la puerta para dejarle paso.

—Ni yo tampoco.

Y sonrió, esperaba que entendiera la broma, aunque quisiera, no podría verla.

XII

Estaban sentados en el sofá mientras se comían un sándwich de queso hecho por ella misma. Según Iván, había más tomate en el plato que en el bocadillo, pero le daba un seis. Personalmente ella se habría dado un ocho, pero sabía lo exigente que podía ser él. Un bol de patatas fritas completaba la cena, casi no había tirado ninguna fuera, por lo que recibió un siete. El postre sería una fruta, que ella comería con piel, pues no se atrevía a pelarla. La televisión estaba apagada, a ella le molestaba oír las voces sin poder ver nada, la ponía nerviosa y a él parecía no molestarle. Dustin estaba a sus pies, esperando que cayera algo de comida al suelo.

—Tendrás que fregar los platos. —le dijo Iván.

—Venga ya, nunca friego los platos después de cenar, no lo hacía ni cuando veía, lo haré mañana.

—¿No querrás ser como yo? De aquí a poco tiempo te veo desnuda por la casa porque no has puesto ninguna lavadora.

—Tú podrías ir desnudo, yo no me enteraría.

—El idioma es una mierda, ¿te das cuenta del montón de frases hechas que hay con la palabra ver? Ya ves, te veo mañana, y tú que lo veas, no veas lo que me ha pasado hoy, es complicado cuando tienes a alguien invidente a tu lado, te hace sentir incómodo.

Ella se rio.

—No te preocupes, no me molesta.

Se echó hacia atrás en el sofá y se acarició el vientre.

—Oh, mira... —Se echó a reír—, tienes razón, el idioma apesta. -Y siguió riendo. No escuchó la risa de él y no pudo saber si al menos sonreía, era un hombre muy serio. Levantó la mano y la llevó hacia Iván, cuando tocó su brazo, bajó para cogerle la mano. Notó las protuberancias provocadas por el fuego, no quería pensar por lo que debió pasar. Le llevó la mano a su vientre abultado, notó cierta resistencia—. Está despierta, nota sus pataditas. —Él le detuvo la mano, sin retirarla, pero sin llegar al vientre—. ¿Pasa algo, no quieres notar al bebé?

Iván retiró la mano de golpe.

—No.

Se sentía confundida, si no se habría nunca podría saber qué le pasaba, el no poder verle la cara, su expresión, tampoco la ayudaba. Intentó quitarle

importancia.

—¿Sabes? Lo que más me asusta es el momento del parto, no el alumbramiento, sé que en el hospital me cuidarán bien, es cuando me pongan al bebé encima, cuando pueda conocer por fin a mi pequeña. Iván, me angustia ese momento porque no podré verle la carita, no podré conocer a mi pequeña, no tendré la forma de saber cómo es, si se parece a su padre, o a mí, si tiene los ojos de su abuelo, no sé, será todo igual, estará oscuro, como todos los días desde el accidente. Odio saber que no podré verla.

Muy a su pesar, las lágrimas asomaron a sus ojos y, de pronto, sintió la mano de Iván sobre su vientre.

—Vaya, pega fuerte.

Ella sonrió y puso su mano sobre la de él.

—Es una superviviente. Ya antes de nacer ha luchado por su vida y por salvar la mía. — le dijo ella con media sonrisa.

—Tiene a quién parecerse.

—Gracias Iván, en estos momentos necesito todo el apoyo del mundo.

Él retiró la mano.

—Podrás verla, con las manos, igual que hiciste cuando tocaste mi cara.

—No es lo mismo, puedo imaginarme, muy por encima, tu aspecto, pero realmente no sé cómo eres.

—Supongo que es cuestión de práctica. Intenta tocar la cara de tus padres, de tu hermano, de alguna amiga, ves entrenando, seguro que tus dedos cada vez consiguen mejor tacto y tu mente se habitúa a ese cambio, dibujando en tu mente una visión bastante fiable de la real.

—¿Lo crees de verdad? Sé que siempre eres sincero conmigo.

—No solo lo creo, sé que será así.

—¿Iván?

—No quiero hablar sobre mi vida.

—Lo sé, pero ¿confiarás en mí si alguna vez necesitas hablar con alguien?

—Serás la única.

XIII

Tuvo que fregar los platos, era un hombre de lo más cabezota. Él estuvo a su lado en todo momento, pero no la ayudó en nada, ni siquiera a secarlos o guardarlos, según le dijo, él no estaría ahí siempre para hacerle las cosas, debía apañarse sola, cuanto antes, mejor. Con su habitual tono autoritario y seco la hacía obedecer a regañadientes. Le hervía la sangre cada vez que la obligaba, pero se mordía la lengua sabiendo que necesitaba hacerlo, era por su bien, no quería depender de nadie y quería poder valerse por sí misma cuando naciera el bebé. Después de la limpieza, salieron a pasear a Dustin. Otra vez, no la ayudó. Empezaba a preguntarse qué necesidad tenía de aguantarle, si la dejaba hacer sola, no le necesitaba a él tampoco. Luego se arrepentía porque, aunque no la ayudara físicamente, sí lo hacía acompañándola, ahuyentando la soledad y los recuerdos. Luego estaban sus consejos que, aunque bruscos, le eran de mucha utilidad, aprendía más con Iván que con las tediosas clases a las que acudía con su madre. Eran amables, condescendientes y expertos, pero Iván iba directo al grano, sin rodeos, sin hacerla sentir una incapacitada. La trataba igual que lo hacían todos antes del accidente, como si no fuera una persona distinta que había perdido la visión, para él era una más y eso le gustaba.

—Volvamos, parece que va a llover.

Le dijo él sacándola de sus pensamientos. Ella olfateó el aire y se dio cuenta que olía a humedad, a lluvia. Era increíble cómo sus otros sentidos empezaban a agudizarse, antes no era consciente de los olores, al menos no de tantos, de los sonidos, del tacto. Asintió, dando la vuelta.

—Seguro que más de una vez me sorprende una tormenta, seré incapaz de ver cómo está el cielo. ¿Y si por mi culpa mi bebé acaba empapado?

—En todo caso sería culpa del todo poderoso, que sería quién enviaría la tormenta, no tuya.

Ella suspiró, menuda respuesta, siempre conseguía sacarla de quicio.

—Supongo que no eres creyente.

—¿Por qué? ¿Por lo que me sucedió?

Ella asintió esperando que la estuviera mirando.

—No, no soy creyente, pero no lo era antes de lo sucedido, aquello no cambió mis creencias. Mira, en mi profesión tuve que rescatar a montañistas con hipotermia, a gente atrapada en un coche aplastado... —carraspeó al

saber que ese dato podía haberle hecho daño, para quitarle importancia continuó enseguida—, niños medio asfixiados por el humo, gente tan quemada que moría días después en el hospital... —Otro silencio que ella atribuyo a lo que le sucedió, le escuchó tragar saliva—, uno no puede ser creyente viendo esas cosas, viendo que no hay un ser divino que los salva, que eres tú y tus compañeros quienes consiguen salvarles si llegas a tiempo y mueren si no eres lo suficientemente rápido. Sabes que esas personas dependen de ti y no de ningún Dios.

Caminaron en silencio unos metros hasta que él le hizo la misma pregunta.

—¿Y tú?

Instintivamente bajó la cabeza hacia su vientre, para ella su pequeño milagro. No pudo acariciarla porque en una mano llevaba a Dustin y en la otra el bastón.

—Antes del accidente no pensaba mucho en ello. No era especialmente creyente, tampoco cerraba ninguna puerta, después... no sé, cuando todo parecía que nos iba bien, mi marido murió y yo me quedé ciega, aun así, mi bebé sobrevivió, contra todo pronóstico, sin explicación lógica, fue un milagro y me cuesta no pensar en ello como algo, llámalo, divino. El accidente me ha hecho reflexionar y, sí, creo que ahora soy creyente, puede que no de un Dios, pero sí de alguien que nos protege. Para mí, David nos salvó a mí y nuestra pequeña. Él se fue, pero creo que estuvo allí protegiéndonos.

—Es un bonito planteamiento, pero el que estuvo allí fui yo, no lo olvides.

—Tienes razón, pero fue él quien protegió mi vientre con su cuerpo, perdiendo la vida para salvar la nuestra. Y no, nunca podré olvidarlo.

Se puso seria y aguantó las lágrimas, a veces era demasiado duro, era un insensible, ¿es que había perdido toda capacidad de empatía?

—Lo siento, sé que no podrás olvidarlo nunca, lo sé mejor que nadie.

—¿Y sabes qué es lo peor? ¿Lo que más me atormenta? Saber que dio su vida por mi culpa, porque yo conducía, me despisté, yo fui la culpable, yo le maté.

Estaba alterada y se tragó las lágrimas, estaba enfadada con él, por su poco tacto, por hacerla hablar más de la cuenta.

El silencio que se produjo a continuación no supo bien si le molestó o lo agradeció. Por un lado, apreciaba ese silencio, por otro necesitaba, en su

fuero interno, que le dijeran que no fue su culpa, aunque ella nunca pudiera asumirlo. Al cabo de un rato no pudo dejar de preguntar:

—¿Sigues ahí?

—Claro.

—Sabes que odio que te quedes callado, no puedo verte, no sé si me has oído, si estás enfadado, triste, dime algo, por favor.

—Estoy a tu lado, sí te he oído antes, y también ahora.

Era experto en despertarle el deseo incontrolable de abofetearle, ¿cómo podía ser tan frío?

—¿Y? ¿No vas a decir nada? Me siento fatal, me culpo cada día, si yo no me hubiera saltado el stop...

Más silencio. ¿Qué le pasaba a ese hombre?

—¿Sabes? Da igual, no eres el más indicado para hablar de esto, ni de nada, contigo no se puede hablar, mejor nos lo guardamos todo dentro y sufrimos en silencio, ¿no? Tal vez mi madre tenga razón.

—A tu madre ni la nombres.

—Oh, claro, al señor no te metas en mis asuntos también le molesta hablar de mi madre, pues para tu información, es mi madre y, te guste o no...

Estaba alterada, Iván siempre conseguía ponerla nerviosa, era irritable. No sabía si fue por su estado de estrés o por qué, pero empezó a sentirse mal, un fuerte pinchazo le cruzó el vientre, haciéndola detenerse y soltar el bastón, que cayó al suelo, para poder ponerse la mano en la barriga.

—¿Tania?

Otro pinchazo la hizo gruñir del dolor. Empezó a asustarse.

—Tania, ¿qué te pasa?, te has puesto blanca.

Notó que la agarraba por los hombros. Dustin comenzó a ladrar, también nervioso.

—Llama a una ambulancia. —dijo entre dientes.

Él no le hizo repetirlo y le escuchó marcar el número de emergencias. Sin apartarse de ella pidió asistencia urgente, les indicó la calle y les pidió que se dieran prisa.

—Tania, por favor, dime qué te pasa.

—Me duele, mucho. —Estaba asustada, no quería perder a su pequeña, no lo soportaría.

—Pero aún no has cumplido, te faltan dos meses, ¿verdad?

Ella asintió.

—Iván, tengo miedo.

Él le pasó el brazo por los hombros.
—No pasará nada, recuerda, él está ahí cuidando de vosotras.

XIV

Su madre entró como un torbellino, preguntando por su hija, ignoró a Iván, quien estuvo a su lado en todo momento e incluso llamó a su madre diciéndole lo sucedido. Ahora, al verla, se levantó en silencio y le escuchó salir de la habitación.

—Cariño, ¿cómo estás?

—Bien, ha sido una falsa alarma, pero debo hacer reposo. Dicen que a veces pasa, el bebé parece querer venir antes de tiempo, pero todo está controlado, ella está bien.

La escuchó suspirar aliviada.

—Gracias a Dios, ¿y tú cómo estás?

—Ahora bien, al saber que el bebé está a salvo, ya me encuentro mejor. Mañana me darán el alta.

—No se hable más, te vienes a casa con nosotros, es lo mejor. Nosotros cuidaremos de ti, no tendrás que preocuparte de nada, podrás descansar y olvidarte de todo. Eso de estar de arriba abajo con las clases, la casa, el perro, es demasiado, cielo.

—Iván cuidará de mí estos meses que faltan, quiero quedarme en casa.

Le hubiera gustado verle la cara, roja de rabia, de impotencia. Un cuadro.

—No pienso consentirlo. —dijo sin más en tono serio, como cuando era niña.

—Soy mayorcita, no necesito que me des tu aprobación, mamá. Y Santi te necesita más que yo.

—No te escudes detrás de tu hermano, jovencita, él también te echa de menos y le encantará estar contigo, lo sabes bien. Te adora.

—Y yo a él.

—Entonces, no se hable más.

—No voy a ser una carga añadida para ti y papá. Me quedo en casa.

—¿Una carga mis hijos? Cielo, me ofendes, creo que nunca me he quejado, nunca os he cuidado haciendo que parecierais una carga, sois mis hijos, los dos, y os quiero por igual, no me importa cuidar de vosotros, siempre lo he hecho.

—Lo siento, mamá, tal vez me haya expresado mal. Eres la mejor madre del mundo, siempre has cuidado de nosotros sin quejarte, tienes razón y sé

que lo haces con todo el amor de madre, que es inmenso. Pero os he visto con Santi, os he visto ir y venir del hospital, dormir en una silla para no separaros de él, levantarlo cuando el dolor de espalda os estaba destrozando, llevarle a pasear todos los días, aunque el cansancio os consumiera, nunca habéis desfalecido, siempre habéis estado ahí. Sé los cuidados que necesita, sé lo mucho que sacrificáis por él, déjame, al menos, quitaros el trabajo de cuidarme también a mí. Me sentiré mejor en casa, sabiendo que no os tenéis que dividir entre mi hermano y yo. Por favor, no te enfades, no es que no quiera estar con vosotros, es que no quiero daros más trabajo, ¿lo entiendes?

Le cogió la mano y se la apretó con cariño.

—Sí, mi vida, pero ¿tiene que ser él?

Ella sonrió.

—Lo hará bien y es buena persona, deberías darle una oportunidad e intentar conocerle.

—No sé yo...

El móvil de su madre comenzó a sonar. Ella, que había estado sentada al borde de la cama, se levantó para atender la llamada. El tono de su voz la hizo presentir que algo no iba bien.

—¿Mamá?

—Cielo, tengo que irme, es tu hermano. —Su voz denotaba angustia.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupada.

—Tranquila, no es nada, ya sabes que a veces tiene problemas para respirar, tu padre va hacia el hospital, vienen aquí, a urgencias. Voy fuera a esperarlos.

—Sí, claro, ve tranquila, no te preocupes por mí, yo estoy bien, cuida de él.

Se le acercó y le dio un beso en la mejilla.

—En cuanto sepa algo paso a decírtelo.

—Tranquila, primero es Santi.

La oyó marcharse a toda prisa, antes de irse, detuvo sus pasos y la escuchó hablarle a Iván.

—Creo que nunca te he dado las gracias por salvar a mi pequeña.

—No es necesario.

—Cuídala.

—Lo haré.

De nuevo los pasos apresurados y silencio. Sonrió, Iván tenía que darse cuenta de la persona maravillosa, increíble y fuerte que era su madre,

sobreprotectora, pero encantadora. Los pasos de él, que ya podía reconocer, se acercaron a la silla que había junto a la cama.

—¿Cómo estás?

—Preocupada por mi hermano. —Suspiró y se echó hacia atrás en la cama.

—¿Necesitas algo?

Ella negó con la cabeza.

—¿Quieres que me vaya?

Negó de nuevo. Unos segundos de silencio, le escuchó moverse inquieto en la silla. Podía imaginarlo mirando hacia la puerta, esperando que no hubiera nadie.

—Tania, lo siento, si no te hubiera irritado tanto...

Ella levantó la cabeza y sonrió.

—No creo que haya sido por ti, tengo muchas cosas acumuladas que intento dejar atrás y que son difíciles de olvidar. Supongo que todo se ha juntado, no tengo nada que perdonarte, Iván. Tú me has traído al hospital, te has quedado hasta que ha llegado mi madre, si incluso la has llamado, con lo mal que te cae. Solo puedo agradecerte, de nuevo, todo lo que estás haciendo por mí.

Volvió a recostarse.

—No estuve allí.

No se movió, si hubiera podido ver, habría abierto los ojos, sorprendida. Sabía de qué estaba hablando. Se mantuvo quieta y callada para dejarle espacio. Él continuó.

—Tania, en el paseo estuve callado porque te entiendo más de lo que crees, no podía decirte nada porque yo mismo me culpo cada día por lo sucedido. Soy bombero, mi trabajo consiste en apagar fuegos, salvar vidas, y no pude hacer nada por ellas. Estaba fuera, bebiendo mientras ellas morían quemadas. Llegué tarde, la casa estaba en llamas, los vecinos estaban en la calle, gritando, llamando a urgencias. Ni lo pensé, entré corriendo hacia el cuarto de mi pequeña, la cunita estaba en llamas. Me quemé las manos intentando hacerme paso, no pude hacer nada por ella. Fui al cuarto de matrimonio y encontré a mi mujer en el suelo, algo me cayó en la cara, mi ropa ardía, la cogí en un intento de sacarla de aquel infierno, pero ya estaba muerta. No recuerdo quién me sacó de allí, no recuerdo qué sucedió después, solo recuerdo dolor, tristeza, ahogo. ¿Qué podía decirte, que no tuviste la culpa? ¿Cómo decirte algo así cuando no consigo librarme de la mía? Sé que

no fuimos culpables, mi cabeza lo sabe, pero mi corazón, ese dolor que me atenaza, me dice lo contrario y me culpo todos los días. Si hubiera llegado antes, si hubiera estado en casa. Mi niña solo tenía seis meses, Tania, seis meses. —Su voz sonó rota—. Y luego me pides que note las pataditas de tu bebé y me parte el alma, me recuerda todo lo que perdí. Dices que no podrás verle la cara a tu pequeña, yo no podré ver crecer a la mía, nunca sabré si le gustaría estudiar, si se casaría pronto o tarde, si tendría hijos, si estudiaría y sería una mujer independiente, todo eso se me arrebató en una maldita noche, solo unas horas que se llevaron la vida de dos inocentes, mi vida, todo lo que yo era se fue con ellas.

Tania seguía quieta, rota de dolor, se sentía mal, ahora lo entendía todo y le perdonaba todo, ella no supo entender su dolor, solo centrarse en el suyo. No dijo nada, pues no tenía nada que decir, escuchaba su respiración agitada, podía saber que estaba cabizbajo, aguantando las lágrimas, reconstruyendo su corazón malherido. Puede que lo que le había dicho le hubiera abierto viejas heridas, pero también sabía que, al confesárselo, se había librado de un gran peso y, con el tiempo, se daría cuenta de que le hizo más bien que mal.

Notó que le cogía la mano, ella se la estrechó con ternura y así permanecieron, agarrados y en silencio, combatiendo cada uno con sus propios demonios.

XV

Al despertar escuchó la respiración tranquila de él, debió quedarse dormido en la incómoda silla del hospital. No tenía que haberse quedado, ella estaba bien atendida, aun así, lo hizo, la acompañó toda la noche y se lo agradecía. Estaba preocupada por el bebé y ahora por su hermano. No era nada nuevo, cada poco tiempo era hospitalizado por alguna complicación, pero no por eso era menos alarmante.

No podía saber qué hora era, si ya había amanecido, puede que fuera todo siguiera oscuro porque no oía ningún pájaro. Esperó, acariciándose el vientre, hasta que todo comenzó a despertar, incluso Iván.

—Mierda.

Sonrió, debía dolerle todo el cuerpo.

—¿Estás bien? Te dije que no era necesario que te quedaras.

—No, tranquila, estoy bien, solo el cuello, he debido dormir todo el rato en la misma postura.

Escuchó sus quejidos y el crujir de algún que otro hueso.

—¿Qué hora es?

—Las ocho. —le contestó él seguido de un largo bostezo, podía imaginarle estirando los brazos para despejarse un poco.

Era extraño lo familiar que le era su presencia, era como si ya le conociera de hacía mucho tiempo, pese a que solo habían pasado unos días juntos.

—Qué raro que mi madre no haya llamado.

—Si no lo ha hecho es porque no sabrán nada todavía.

—¿Te importaría acercarte? Estoy preocupada.

—Claro, de paso compraré agua. ¿Tú quieres algo?

Negó con la cabeza.

—Bien, pues vuelvo en seguida.

—Tranquilo.

Salió de la habitación pasándose la mano por la espalda dolorida. Aquel sillón de hospital parecía haberle dado una paliza, le dolían todos los huesos. Se paró frente a un expendedor de agua y sacó una botella. Bebió un gran trago y fue a preguntar dónde estaba el hermano de Tania. Le indicaron el Box donde permanecía ingresado y le informaron que pronto lo subirían a

planta. Eso era una buena señal.

Encontró a los padres de Tania junto a la cama donde permanecía su hijo con una mascarilla de oxígeno y el suero puesto. No se movía, parecía estar dormido. Ambos progenitores tenían la cara descompuesta por la preocupación. Al verle, le saludaron con un gesto.

—¿Cómo está Tania?

Preguntó la madre.

—Está bien, preocupada por su hermano.

Ella asintió.

—Dile que todo está bien.

Su voz se quebró y vio cómo su marido la abrazaba. Fue él quien continuó la conversación.

—No es la primera vez que nos asusta, estamos más en el hospital que en casa, saldrá de esta, como siempre. —dijo pareciéndose más a una forma de convencerse que a la realidad.

La mujer se separó y miró a su hijo.

—Nos dijeron que no pasaría de los ocho años, tiene 19, es un luchador. Doy gracias por cada día que está con nosotros.

Iván no dijo nada, aquella familia ya había sufrido suficiente.

—Es neumonía, pero lo superará.

Él asintió sin saber qué más hacer.

—¿Qué le digo a Tania?

—Que está mejor, no quiero que se preocupe. —Se acercó a él y le cogió con cariño del brazo—. Cuídala, ahora necesita reposo, no dejes que le pase nada malo a mi nieta, por favor. Dile que estamos bien, que no se preocupe por nada, solo por el bebé, ¿lo harás?

—Claro, cuide de su hijo, Tania estará bien.

—Y otra cosa, solo por si acaso, me gustaría tener tu teléfono, si pasara algo...

Él la miró con preocupación.

—No debe pensar en eso. —Le dijo en un intento de consolarla

Ella asintió con mirada triste.

—Siempre lo tenemos presente, es algo que esperamos hace tiempo, aunque no por eso es menos doloroso. —Suspiró, extrayendo parte de su dolor, tragó saliva y le miró a los ojos con la decisión de una mujer fuerte—. Te llamaré si sucediera algo, no quiero asustarla.

—Está bien.

La vio asentir y volver junto a su marido. Volvió sobre sus pasos y se detuvo un momento frente a la puerta. Sabía lo mucho que Tania quería a su hermano y lo mucho que sufriría si le sucediera algo. Esperaba que todo se arreglara, ahora no necesitaba más golpes. Si de él dependiera, haría cualquier cosa para evitarle más sufrimientos, la haría feliz. Pensó en cómo le había confesado aquella misma noche lo que sucedió el día que se incendió su casa. Nunca se lo contó a nadie y aún no entendía cómo pudo confiar en ella, apenas la conocía. La había visto alguna que otra vez salir del piso, a él le gustaba fisgonear desde la mirilla, no por nada en concreto, solo quería verla. Desde que la vi por primera vez le pareció una mujer hermosa, decidida y fuerte. Pudo comprobarlo más tarde con el accidente. Él iba hacia el cementerio, hacía dos años que les perdió. Les llevaba unas flores. Era en la única ocasión que se permitía salir de casa. Entonces vio cómo el coche que iba delante se saltaba un stop y cómo otro coche chocaba contra ellos. Ni lo pensó, detuvo su vehículo e intentó ayudar. No pensó que la encontraría a ella. ¿Por qué el destino quiso que sus vidas se cruzaran? Tal vez ambos necesitaban un alma atormentada, alguien que comprendiera su dolor. Lo cierto era que hablar con ella le ayudaba a sosegar su dolor, sentía que podía confiar en ella. Se sentía a gusto a su lado, como en casa. Esto le asustaba, pensó que no volvería a encontrarse como en un hogar nunca más. Pero Tania, su voz, su sola presencia, calmaba su alma. No sabía cómo explicarlo, ni siquiera entendía sus sentimientos, pero sabía que quería estar a su lado, cuidarla, protegerla. Y ahora no podía permitir que sufriera de nuevo. Bebió otro trago de agua, cogió aire y entró en la habitación.

XVI

Le habían dado el alta e Iván la acompañaba al cuarto, agarrándola del brazo, como si fuera casi una impedida. Le sabía mal tantos cuidados, no estaba enferma, solo debía guardar reposo, no necesitaba que le llenaran el camino de algodones, no iba a romperse.

—De verdad, estoy bien.

—Lo sé, no quiero que tropieces.

Ella soltó una pequeña risa.

—Tú me enseñaste a evitar los obstáculos de mi casa.

—Toda precaución es poca.

—Estás a las órdenes de mi madre, como si lo viera... —Aquella expresión la hizo sonreír—. Bueno, si pudiera hacerlo. Confiesa, ella te obliga a cuidarme.

—Puede ser.

—Lo sabía.

La tumbó en la cama y la tapó con una manta.

—¿Y qué se supone que voy a hacer aquí todo el día?

—Diría que ver la tele, pero tendrás que conformarte con escucharla.

—Y tampoco puedo leer un libro. —Hizo un mohín.

—Puedo hacerlo por ti.

—No es lo mismo.

Entonces sintió algo que él ponía en sus manos, lo tocó, parecía un libro.

—Te he dicho que no puedo leer, ni tampoco ver las imágenes, ¿esto es algún plan macabro para deprimirme?

Sintió que él se sentaba en la cama y le abría el libro.

—Toca las páginas.

Obedeció de mala gana, notó pequeñas, diminutas protuberancias.

—¿Es braille?

—Sí, me lo han prestado en tu centro para que sigas aprendiendo desde casa. También me han dado otro libro a mí para poder enseñarte, más o menos. No sé si conseguiremos algo, lo que sí sé es que mataremos el tiempo, eso seguro, porque me temo que nos va a costar un mundo aprender.

Ella sonrió.

—Al menos no me aburriré, gracias, piensas en todo, no sé qué haría sin ti.

—Aguantar a tu madre todo el día.

Ella se rio para, al momento, ponerse triste.

—Deberíamos llamar para saber cómo está mi hermano.

—Me dijo que si no llamaba es que todo estaba bien, tranquila.

—Me gustaría tanto poder verle, bueno, visitarle.

—Sería correr un riesgo innecesario.

Tania se acarició el vientre.

—Ella estará bien, es fuerte.

—Pero necesita a su madre para seguir adelante, debes cuidarla.

Tania asintió, pensativa.

—¿Crees que seré como mi madre, demasiado protectora?

—Sí.

Ella giró la cabeza hacia él, sorprendida por ese acceso de sinceridad.

—¿Y me lo dices así, tajante, sin intentar adornarlo?

—Has sufrido mucho, siempre tendrás miedo a que le pase algo y eso hará que la quieras proteger constantemente, si a eso le añades que has tenido una buena profesora...

Tania cogió el cojín que tenía a su derecha y se lo tiró, esperando acertar. Supo que lo había conseguido al escuchar su queja.

—¿Así me pagas por decirte la verdad?

—Conseguirás que desee que esté aquí mi madre.

—Ya, deja de perder el tiempo, ¿qué, empezamos con las clases?

—No sé qué puedes enseñarme tú.

Notó que él se levantaba y volvía a sentarse a su lado, sus brazos se tocaban. En ese momento, en la cama que compartió con David, a solas con otro hombre, recordó su vida junto a su marido. Le gustaba leer antes de irse a dormir, pero revistas de coches, no solía leer novelas. Solía roncar cuando se ponía boca arriba. Le gustaba darle un beso de buenas noches, a veces era un beso cansado, otros cálido. Cuando el beso se alargaba más de lo normal terminaban con algo más íntimo. Recordó sus caricias, sus besos en el cuello, su fuerte torso, su sonrisa cuando terminaban y esos besos cariñosos que venían después. Dormir abrazados, contarse los problemas, la cara de felicidad cuando le dijo que iba a ser papá. Le necesitaba tanto, era tan injusto que se hubiera ido, que la hubiera dejado sola. La mano cálida de él se posó sobre la de ella. Le agradaba su tacto. Pensó en cómo sería verle, su piel quemada, su cara deformada por el fuego. Puede que, entonces, no le hubiera dejado entrar en su vida, sin embargo, el no verle, le permitía conocer su

interior, su verdadero ser y esto la asustaba, porque, muy a su pesar, le gustaba su forma de ser y lo odiaba por eso. No quería olvidar a David, no estaba preparada, no quería desplazarle de su corazón, aún no. Retiró con cuidado la mano.

—Por favor, no me siento cómoda si estás tan cerca.

—No voy a hacer nada, solo quería ver el libro para ayudarte a seguir los puntos.

Sintió que se levantaba y volvía a su lugar de inicio.

—Lo sé, soy yo, es la habitación de matrimonio, un lugar íntimo donde pasé muy buenos momentos con mi marido. No sé, creerás que soy una paranoica, pero, el tenerte aquí, me hace pensar que le estoy engañando de alguna manera, que le traiciono, aunque sé que no estamos haciendo nada malo.

—Tranquila, lo entiendo, su pérdida es reciente, es normal, pero puedes estar tranquila conmigo.

—Tú también debes echar de menos a tu mujer.

Hubo un incómodo silencio.

—Lo siento, no tienes que hablar si no quieres, de verdad.

—No importa, la verdad es que ya no había amor en nuestro matrimonio, la noche que me fui y estuve bebiendo, había decidido pedir el divorcio. Supe que me engañaba con uno de mis compañeros de trabajo, incluso alguien me comentó que... —Le oyó tragar saliva—, que mi hija no era mía. Le di un puñetazo, era mi niña, Tania, estuve ahí el día del parto, la tuve en brazos nada más nacer, la acunaba, le cantaba nanas, la llevaba al parque, le cambiaba los pañales, era mi hija. —remarcó estas últimas palabras.

Ahora fue ella quien buscó su mano, al no verle fue él quien la cogió y le sorprendió notar un beso en el dorso. Algo mojó su piel, no tuvo duda alguna que era una lágrima.

—Es a mi pequeña a quien echo de menos cada día, cada maldito día.

Y le dejó que la abrazara.

XVII

Fue un pacto en silencio, ninguno de los dos dijo nada, pero sabían lo que pensaba el otro. Ambos necesitaban compañía, ambos querían huir de la soledad y la tristeza por aquella noche. Después de cenar algo ligero, Iván se tumbó a su lado, ella se dio la vuelta y él la abrazó por detrás. No hablaron, solo disfrutaron del cariño que necesitaban, del calor humano. Así permanecieron horas, dormidos, abrazados, dejando reposar la mente de tristes recuerdos, ahuyentando la culpa, solo paz, solo ellos dos.

De madrugada les despertó el teléfono de Iván, él se levantó rápido para evitar molestarla. Cogió el móvil, pero Tania intuyó que algo no iba bien, él no descolgó enseguida. Descalzo, salió del cuarto y cerró la puerta con cuidado. ¿Por qué no quería hablar delante de ella? Se incorporó, dudando en seguirle, tal vez sería demasiado, no quería entrometerse, ser una fisgona como su madre. No obstante, la incertidumbre y la inquietud la hicieron levantarse e ir despacio hacia la puerta. Su oído se había agudizado y le resultaba más fácil escuchar las voces lejanas. Dustin se puso a su lado, cuidándola. Tania apoyó la oreja en la madera.

—Lo entiendo, no se preocupe, yo me encargo. ¿Está segura? Sí, usted toma la decisión, pero no sé si es la acertada. Claro, es lo primero, lo sé. No tema, la cuidaré.

Aquellas palabras le hicieron tomar la decisión de abrir la puerta. En ese momento, escuchó la voz nerviosa de Iván.

—Debo dejarla, ya hablamos.

Colgó el teléfono y escuchó sus pasos acercándose.

—¿Qué haces levantada?

—¿Puedo preguntar quién era?

No contestó enseguida, pareció dudar, pensar una respuesta y esto la puso nerviosa.

—Un antiguo compañero de trabajo. Quería saber cómo me iba. Nada importante.

Ella asintió.

—¿Y ese compañero es una mujer? Te he oído preguntarle si estaba segura, ¿segura de qué? Iván, ¿quién era realmente? No tienes ninguna necesidad de mentirme, somos amigos.

Un silencio.

—Tania, no deberías haber escuchado una conversación privada.

—Pero no niegas que estás mintiendo.

Otro silencio, Tania comenzó a irritarse, se cruzó de brazos.

—¿Y bien? —Le preguntó a la espera de una excusa que no llegaba, entonces la angustia subió a su garganta ante la posibilidad que le vino a la mente y que, por un momento, pasó desapercibida, tal vez por no querer oírla —. Era mi madre, ¿verdad? ¿Por qué tiene tu teléfono, por qué no me ha llamado a mí? —Empezó a ponerse nerviosa—. ¿Qué te ha dicho, es mi hermano? Por favor Iván, dímelo, deja de estar callado. —Casi gritó las últimas palabras.

—Es mejor que te sientes y te calmes, hazlo por el bebé, voy a preparar una tila.

—No quiero una tila —le gritó—, dime qué pasa, no, mira, déjalo, yo misma llamaré a mi madre...

Él la agarró por los brazos y la detuvo, su voz fue serena.

—Son las cinco de la mañana, por favor, siéntate, tu bebé siente lo mismo que tú y ahora mismo no debe estar muy cómoda, vamos, hazlo por tu pequeña.

Cogió aire, él tenía razón, debía calmarse, ese estado no le beneficiaba en nada. Asintió y dejó que la llevara al sofá. La tapó con una manta y le escuchó ir a la cocina para preparar la infusión. Aquello no pintaba bien, pero ¿por qué se callaba? Estaba claro que su madre tenía algo que ver en el asunto, le diría que no la asustara, su hermano había empeorado, o...

—Oh, Dios mío...

—¿Qué pasa?

Le oyó correr desde la cocina al salón y cogerle las manos que tenía heladas. Se soltó para tocarle la cara, estaba serio, era algo normal en él, su rostro no le revelaba nada nuevo y tampoco se le daba bien todo aquello todavía.

—Sé que mi madre te habrá hecho prometer que no me dirías nada, pero tengo que saberlo, por favor, ¿es mi hermano?

El silencio que vino después la inquietó y supo que nada bueno había sucedido.

—Tania, no sé si soy el más indicado...

—¡Dímelo!

Él debió sorprenderse, pues se apartó un poco y no contestó de inmediato.

—Tu madre no quiere que te alteres, pero supongo que ya es tarde. Creo que deberías hablar con ella.

Iván se alejó para volver poco después y entregarle un móvil, debía ser el de él, pues por el tacto, no reconocía que fuera el suyo.

—Ya he marcado el número. —le dijo sentándose a su lado.

Tania se llevó el aparato a la oreja y escuchó el tono al otro lado, después la voz apagada de su padre.

—¿Sí?

—¿Papá?

—¿Tania? ¿Qué haces llamando con el móvil de Iván?

—Papá, dime qué pasa, estoy asustada, Iván no quiere decirme nada, pero sé que pasa algo malo, ¿es Santi?

—Cariño, yo...

Se le quebró la voz y escuchó que apartaba el móvil, al fondo le oyó decir a su madre que era Tania la que estaba al teléfono. En seguida fue su madre quien tomó el mando.

—Cariño, ¿estás bien? —Pese a intentar que su voz sonara tranquila, Tania la notó ronca, había estado llorando.

—¿Mamá, y Santi?

—Cielo, he llamado a Iván para que no te preocuparas, no pasa nada, de verdad, todo sigue igual.

No podía engañarla, se conocían demasiado bien para saber que le estaba mintiendo.

—¿Ha empeorado?

Por detrás escuchó la voz de su padre: «Díselo, debe saberlo.»

Tania comprendió lo que sucedía y sintió un nudo en la garganta, con voz entrecortada, dijo:

—¿Cuándo ha sido?

—Hace una hora, no ha sufrido, estaba dormido, cielo, no quiero que te alteres, tu hermano ha vivido una vida plena, fue feliz y estuvo con nosotros mucho más tiempo del que pensamos. Era su momento, tenía una sonrisa en los labios, siempre feliz, hasta en su muerte. Nos ha dejado grandes momentos, muchos recuerdos inolvidables, piensa que ahora descansa en paz, que le dimos todo lo que pudimos, que nos dio más de lo que esperábamos. Fue un ángel y como tal nos ha dejado.

La oyó sollozar.

—Te quiero, mamá.

Le tendió el teléfono a Iván y caminó con pasos inseguros hacia su cuarto. Cerró la puerta, se tumbó en la cama y lloró.

A su mente le vinieron un tumulto de recuerdos. La cara risueña de su hermano estaba presente en cada uno de ellos. Su manera de alargar los brazos cuando la veía para que le abrazara, su mirada asombrada cada vez que salía a pasear, todo le fascinaba, todo le hacía feliz. Su madre, siempre a su lado, cuidándole, riendo con él, viviendo la vida al máximo, disfrutando de cada momento regalado a su lado.

Unos débiles golpes en la puerta y la voz de Iván al otro lado.

—¿Necesitas algo?

—Estoy bien, quiero estar sola.

—Estaré en el sofá.

—Gracias Iván, por todo.

Escuchó sus pasos alejarse. ¿Qué habría hecho sin él? Fue una suerte que la encontrara aquel día en la carretera, fue una suerte que decidiera aceptar su invitación, había estado a su lado en el peor momento de su vida, ayudándola, enseñándola, compartiendo experiencias. Era un gran hombre, nunca podría agradecerle lo mucho que había hecho por ella.

XVIII

Por la mañana le trajo el desayuno. Ella había estado llorando y la amarga tristeza le privó de apetito, aun así, él la obligo a tomarse el zumo y una tostada, le haría bien al bebé, que necesitaba de todas las vitaminas que su madre pudiera aportarle. Le hizo caso, pero la tostada se resistía a pasar. Él le cogió una mano con cariño, Tania ya se había acostumbrado a notar sus arrugas provocadas por el incendio, eran parte del Iván que conocía, que apreciaba.

—Debería llamar a mi madre, quiero saber cuándo es el entierro.

—No creo que ella quiera que vayas.

—Era mi hermano, no pude decirle adiós en sus últimos momentos, no estuve a su lado cuando más me necesitaba, iré al entierro, lo quiera ella o no, necesito despedirme de él.

—Sabes lo testaruda que es, deja que la llame yo, le diré que quiero presentarle mis condolencias, así no tendrás que aguantar sus negativas.

—Pondrá el grito en el cielo cuando me vea.

—No dirá nada en el entierro de su hijo, te recriminará que hayas ido, pero al final lo aceptará, incluso agradecerá tenerte cerca.

Ella asintió.

—Te lo agradezco, no sabes cuánto me estás ayudando, yo...

—No digas nada, creo que tú me ayudas más que yo a ti. Tú me has salvado, Tania, has conseguido sacarme de ese pozo oscuro donde me había enterrado en vida. Por ti me levanto cada día, por tu bebé, al que deseo conocer y proteger tanto como a ti. Sois parte de mi vida, una nueva vida que creía terminada, estaba vacía.

Hubo un momento de silencio en el que Tania no supo qué decir, aquellas palabras la habían emocionado, no pensó que él sintiera algo parecido por ella y su bebé. Le enternecía saber que quería protegerlas a las dos.

Le escuchó levantarse, pero Tania le detuvo.

—Cuando me ponga de parto, quiero que estés conmigo, ¿lo harás?

No escuchó la respuesta, supuso que la miraba, tal vez conmovido.

—Claro.

Su voz sonó ronca, ¿le había hecho llorar? En ese momento deseó poder verle para correr a su lado y abrazarle. Necesitaba demostrarle el profundo

cariño que le tenía, lo importante que era para ella.

Escuchó sus pasos y luego su voz al teléfono. Hablaba con su madre. Al poco regresó en silencio, se sentó en la cama y sintió el olor del aliento de Dustin, debía estar reclamándole atención. Iván no decía nada, nerviosa le preguntó:

—¿Y bien?

—Tu madre o es muy lista o muy protectora.

—Las dos cosas, ¿qué te ha dicho?

—Que ni se me ocurra ir y dejarte sola.

Tania apretó los labios, su madre no podía decidir por ella. Se sentó en la cama y tanteó el suelo en busca de sus zapatillas.

—¿Qué haces? —le preguntó él.

—Voy a llamarla.

—No conseguirás nada.

—Ella no es la única testaruda de la familia.

Iván la vio salir del cuarto, decidida. La siguió hasta el salón, donde Tania se sentó en el sofá y cogió el teléfono. Había aprendido a marcar con soltura, admiraba su entereza, sus ganas de seguir adelante, podía tener días malos, pero nunca tiraba la toalla. Él no podía decir lo mismo, se abandonó, dejó que la vida pasara sin importarle nada. Al encontrarla a ella, todo volvió a recobrar sentido, tenía a alguien a quien cuidar, alguien por quien luchar, porque bien sabía que Tania no necesitaba que nadie la protegiera, sabía cuidarse sola, era una leona, una luchadora nata y sabía que lo daría todo por su pequeña. Se sentó a su lado y le cogió la mano. Ella se sobresaltó, estaba algo nerviosa, no, más bien indignada, tal vez enfadada con su madre.

—Mamá, soy yo.

A Iván le hubiera encantado escuchar la conversación, pero tuvo que conformarse con una parte.

—Pues claro que le he dicho yo que te llamara. No, mamá, tú no puedes decirme lo que puedo hacer. Pues claro que me preocupo por mi hija, ni se te ocurra hacerme sentir mala madre. Sé que sientes haber dicho eso, mamá, tendré todo el cuidado del mundo, pero necesito despedirme de él. Ya lo sé, sé que la pequeña es lo primero, ¿crees que quiero perder a alguien más? No, no estoy enfadada, solo molesta. Sí, sé que lo haces por mi bien, pero ya soy mayorcita para tomar mis propias decisiones. ¿Cuándo será? Da igual lo que digas, no me vas a convencer, pienso ir, mamá. Sí, a las nueve, vale, ya sé dónde es, gracias, mamá, nos vemos mañana, bueno, que allí estaré.

Colgó y se giró hacia él. Levantaba la cabeza buscando un lugar donde ubicarse. Iván le cogió la barbilla y le guio hacia donde estaba él.

—Al final ha entrado en razón.

—Lo he oído.

—Me acompañarás, ¿verdad?

—Sabes que sí.

Tania se quedó callada, él tenía razón, sabía que la acompañaría, lo que no sabía era por qué lo hacía.

—No tienes por qué ir, puedo llamar a mi padre...

Él le puso un dedo en los labios para que no siguiera.

—Quiero ir, quiero estar a tu lado, necesitarás un hombro donde llorar y quiero ser tu apoyo.

Ella sonrió y levantó la mano para acariciarle la mejilla, tropezó con el mentón, esperaba no haberle hecho daño, luego dejó la mano un rato apoyada en su rostro.

—Quisiera poder verte.

—No te pierdes nada.

Iván puso su mano sobre la de ella.

—Quisiera poder besarte. —le dijo él a media voz, tanto que a Tania le costó creer que lo había oído de verdad, por eso no le pidió que lo repitiera.

Apartó la mano y se giró hacia delante. No podía ser, no podía hacerle eso al recuerdo de David. Si bien era cierto que Iván había estado ahí todos los días, que gracias a él había podido salir adelante, que su manera de hablarle y de cuidarla empezaban a despertar en ella un sentimiento que la asustaba y, al mismo tiempo, le gustaba, no se atrevía a dar el paso.

—Lo siento, Tania, no debí decirlo, sé que no estás preparada y no quiero presionarte.

—Lo sé. Estoy cansada, triste y confundida. Me voy a descansar.

Le dejó solo en el salón, él no la siguió, dejándole espacio y tiempo. Se lo agradecía, mientras que, en su fuero interno, deseaba que hubiera entrado en el cuarto.

XIX

Por la mañana se levantaron temprano y se prepararon para ir a la misa por su hermano, después se celebraría el entierro. Fueron en el coche de Iván. Ella no terminaba de sentirse cómoda en un coche, el recuerdo del accidente estaba tan vivo en su mente que aún la aterrorizaba. Pero él condujo con cuidado, despacio y le habló durante todo el camino para hacerla sentir más tranquila. Aquel hombre estaba pendiente de todo y eso hacía más difícil no quererle. De todos modos, no podía pensar en eso, toda su atención estaba puesta en lo que venía, la despedida de su hermano, no podía pensar en otra cosa. De pronto, sin resistirlo más, las lágrimas corrieron por sus mejillas. El ajeteo de la mañana le había impedido pensar, pero ahora, sentada en el coche, se dio cuenta a dónde iban, a darle el último adiós a su hermano y ni siquiera podría verle por última vez.

—¿Estás bien?

Le preguntó él y ella negó con la cabeza.

—Le voy a echar tanto de menos, en poco tiempo he perdido a dos de las personas más importantes de mi vida y el dolor que siento es tan grande que a veces creo que no podré soportarlo.

—Poco a poco el dolor pasará, quedará el recuerdo que te acompañará siempre.

Ella asintió, ¿qué podía decirle cuando él también había perdido tanto? Sabía bien de lo que hablaba.

—Tal vez no debí pedirte que me acompañaras, debe ser duro para ti.

—He tenido tiempo para superar el dolor, aunque la pérdida de mi hija aún duele, creo que no lo superaré nunca. Pero quiero estar contigo, no podría dejarte sola en un momento como este.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo?

Permaneció unos segundos callado, tal vez pensando la respuesta.

—Tú eres mi ángel, Tania, te debo más de lo que crees, tú me has dado más de lo que yo podré devolverte nunca.

Ella bajó la cabeza, no era consciente de haberle dado nada, solo de haber recibido apoyo y atención, pero puede que él tuviera razón. Iván necesitaba una mano que le ayudara a salir de ese pozo donde se había hundido sin resistencia. Ella se la tendió y ambos se salvaron sin saberlo, casi sin pretenderlo.

El coche se detuvo y supo que habían llegado, aunque sus palabras la habían conmovido, no pudo asimilarlas como debería, su corazón se aceleró, nerviosa, angustiada por saber dónde estaban. Él la ayudó a bajar y estuvo cayada el resto del camino. Pronto empezó a oír voces que susurraban y, a su madre.

—Cielo, ¿cómo estás?

—Mamá...

Se separó de Iván y abrazó a su madre para llorar a rienda suelta. Su madre le acarició la espalda, llorando también.

—Pequeña, a él no le gustaba que estuviéramos tristes, ¿recuerdas que siempre se enfadaba y luego sonreía? —La separó para mirarla, llevaba las gafas de sol, nunca se separaba de ellas, le apartó un mechón de pelo que se había escapado de la coleta que llevaba hecha—. Recuerda su sonrisa, recuerda cómo vivió, no llores, mi niña.

—Le quería tanto, es tan injusto que se haya ido.

La voz de su padre les dijo que debían entrar, la misa iba a comenzar.

Todos ocuparon sus lugares, el sermón la emocionó y apoyó la cabeza en el hombro de su madre. Iván le cogía la mano con cariño al otro lado. No se sentía bien, pero no dijo nada. Después sintió un dolor en el vientre, que aguantó, esperaba que no fuera nada. Pasada la misa, todos subieron a los coches para ir al cementerio, fue mientras transportaban el ataúd cuando sintió que sus piernas se humedecían. Apretó la mano de Iván.

—¿Qué pasa? —le preguntó él en voz baja.

—Mira mi falda, el suelo...

—Está mojado.

—Oh, no... —dijo angustiada.

—¿Has roto aguas? —su voz sonó preocupada.

—Creo que sí.

Y en ese momento un fuerte dolor hizo que se encogiera. Al momento su madre se le acercó.

—Cariño, ¿qué...?

—Hay que ir al hospital. —oyó decir a Iván con voz serena.

—¿Está de parto, eso del suelo es...?

Su padre se les acercó y preguntó qué pasaba.

—Cariño, quédate aquí, despide a los familiares por nosotras y luego ve al hospital, Tania se ha puesto de parto. —le explicó su mujer.

—Pero aún es muy pronto. —oyó la voz alarmada de su padre.

—Te dije que guardaras reposo. —le reprochó su madre.

—Ahora no es buen momento, vamos a mi coche. —dijo Iván.

—Sí, cariño, yo me quedo aquí, ve con nuestra pequeña, iré en cuanto pueda. —dijo su padre.

Iván le pasó el brazo por la cintura y casi la llevó en volandas hasta el coche. La ayudó a subir, su madre viajó con ella en la parte trasera, cogiéndole la mano y preguntándole cada dos por tres cómo estaba. Ella no podía contestar, el dolor era demasiado intenso. Solo podía gruñir. Tampoco podía pensar, podía culparse por no haberle hecho caso a su madre, pero el dolor no se lo permitía. Solo podía pensar una cosa, que la niña estuviera bien, deseaba no haberla puesto en peligro, en su cabeza repetía una y otra vez, por favor, que esté bien, que todo salga bien, por favor.

XX

Estaba asustada, temía por su pequeña, debería haberle hecho caso a su madre. Ella podría haberse despedido de su hermano después de dar a luz, acercarse al cementerio con unas flores y llorarle en paz. Había puesto en peligro al bebé, nacería prematuro por su testarudez, por no tomarse en serio las advertencias del doctor. Mientras esperaba en urgencias, soportando las fuertes contracciones cada vez más seguidas, se acariciaba el vientre deseando que todo saliera bien. Había empezado a dilatar, pero aún no lo suficiente. Escuchó hablar a la comadrona de hacer una cesárea. Esperaba que no fuera necesario, quería estar consciente cuando naciera su pequeña, no podría verla, así que quería sentirla. También había pedido dar a luz de forma natural, no quería que le pusieran epidural, aunque, viendo que los dolores eran cada vez más intensos e insoportables, empezaba a replantearse su decisión. En una de las contracciones apretó los labios y recordó el rostro de David, cómo le hubiera gustado estar ahí, acompañándola, ver nacer a su niña. Lo feliz que le hacía ser papá. Las lágrimas de tristeza se mezclaron con las del dolor.

—¿Quiere que avise a su marido para que espere con usted?

Movió la cabeza hacia la voz de alguien joven, debía ser una enfermera. ¿Cómo sabía que pensaba en su marido?

—Solo puede pasar un acompañante, tu madre me ha pedido entrar, pero supongo que querrás que el padre te acompañe, puedo decirle que pase.

Al principio se sintió aturdida, ¿David, entrar con ella? ¿Cómo podía ser tan macabra aquella chica? Pero entonces reparó en lo que había dicho, su madre pidió entrar y el único hombre que la acompañaba era Iván, aquella joven debió pensar que era su pareja.

—Sí, por favor, gracias. —dijo entre dientes intentando aguantar el dolor.

Y otra contracción la hizo encogerse y cerrar la boca con fuerza.

En la neblina y confusión de la fuerte contracción, notó una mano cálida sobre las suyas, que tenía sobre el vientre. Pese al poco tiempo, reconocía aquel tacto, que ya le era familiar, reconfortante. Entrecruzó los dedos entre los de él y agradeció tenerle cerca. Su voz cálida la hizo sentirse mejor.

—Ha llamado al esposo de Tania. Me he puesto de pie sin pensar, me han dicho que podía entrar, quería estar contigo.

Ella sonrió pensando en la cara que habría puesto su madre.

—Gracias, ¿cómo está mi madre?

—Nerviosa, si prefieres que entre ella...

—No, por favor, te prefiero a ti. —se apresuró a decir ella.

Otra contracción la hizo callar.

—¿Estás segura de no querer epidural?

Tania tragó saliva, la verdad, no, en ese momento ya no estaba segura de nada, aun así, dijo:

—Quiero sentirla nacer, ya que no podré verla.

Pero ni ella misma creía ya en sus palabras, no sabía si resistiría tanto dolor.

Él le acarició el cabello.

—Lo harás bien, eres una mujer muy fuerte.

¿De verdad lo era? Entonces pensó en todo lo que había pasado en los últimos meses, en su corazón roto, aquel dolor era mucho mayor que el que sufría ahora. Sí, aguantaría, aquel dolor era pasajero, el del alma duraba siempre. Estaba convencida, quería sentir cómo su niña nacía, vendría a la vida acompañada en todo momento de su madre.

Alguien entró y le pidió a él que saliera un momento al pasillo. Le abrieron las piernas y notó cómo palpaban.

—Bueno, ya viene, vamos a pasarte al paritorio. Tranquila, todo irá bien.

Pero no podía estar tranquila, su corazón se aceleró, el momento era inminente, su niña ya venía. Otra contracción que la hizo apretar los dientes para no gritar. Notó movimiento, la cambiaban de habitación. De nuevo la mano de Iván cogiendo la suya. Agradeció tenerle cerca.

—Muy bien, voy a colocarte las piernas, no te asustes.

Le abrieron las piernas, le pusieron una sábana sobre el vientre y no supo nada más. Odiaba no poder ver nada, oía ajetreo, notaba la mano sudorosa de Iván, parecía estar tan nervioso como ella. Alguien le palpó el vientre.

—Bien, cuando tengas una contracción empuja con todas tus fuerzas.

Ella asintió, le costaba respirar.

—Respira hondo, tranquila, estoy contigo. —Era Iván, le apretó con fuerza la mano para infundirle valor.

Una contracción. Gritó mientras empujaba, el dolor era horrible, era como si la desgarraran por dentro.

—Muy bien, ya asoma la cabeza. Vamos a por otro empujón.

Era la comadrona, alguien la ayudaba a empujar apretando su vientre. Sentía el sudor correr por su frente, le dolía la mandíbula de apretar los dientes con fuerza. Echó la cabeza hacia atrás, rota de dolor.

—Lo haces muy bien, empuja otra vez.

Una contracción mayor que ninguna la hizo gritar y empujar con todas sus fuerzas. Notó cómo el bebé salía de su interior. Sintió un gran alivio, su cuerpo se relajó. Se dejó caer sobre la camilla y escuchó el llanto de su pequeña. Giró la cabeza hacia Iván, con un hilo de voz le preguntó:

—Dime qué pasa.

—La están mirando, despejando la nariz. Tania, es preciosa. —su voz sonó ronca, estaba emocionado.

Luego sintió que le ponían algo sobre el pecho, ¿era su bebé? Sí y era tan pequeña, pesaba tan poco, parecía estar envuelta en una manta. Notó que Iván le guiaba la mano libre hacia la carita de su niña para que pudiera sentirla, verla con las manos. La acarició. Sus mofletes, blanditos, redondos, su barbilla chata, su pequeña nariz, su cabecita con muy poco cabello, parecía ser perfecta, en su mente se formó la imagen de un bebé precioso, perfecto, sano. Le temblaron los labios de la emoción. De pronto, se la quitaron y se asustó.

—¿Qué pasa? —preguntó angustiada.

—Debemos meterla en la incubadora, no se preocupe, es lo normal cuando el bebé nace prematuro, pero la niña está bien, esté tranquila. —la voz de una mujer, una de las enfermeras.

Asintió y estiró del brazo de Iván para que la abrazara.

—Está bien, ¿verdad? —Le dijo al oído, notaba que cosían la herida que se había formado al nacer su pequeña.

—Sí, está sana, pero es tan pequeña, necesita calor, por eso se la llevan. —Él se separó un poco, notaba su aliento tan cerca. Iván apoyó la frente sobre la suya, le gustaba su proximidad y, entonces, la besó en los labios, fue un beso tierno, pero fugaz.

Ella sonrió, no le molestó, no en ese momento. Le acarició el rostro.

—¿Cómo se llamaba tu hija? —le preguntó en un susurro.

—No... —Su voz se quebró, sabía que era duro para él.

—Por favor, Iván.

Le escuchó tragar saliva, debía estar llorando.

—Sara. —se notó el esfuerzo que hizo al pronunciar su nombre.

—Es un nombre precioso.
Y esta vez fue ella quien le cogió la cara para besarle.
—Te quiero. —le oyó decir con ternura y ella sabía que era cierto.

Epílogo

Abrió la puerta y lo primero que notó fue el agradable olor a carne estofada. Le gustaba que ella preparara la cena mientras esperaba a que regresara de un largo y duro día de trabajo. Lo segundo y que más le gustaba era oír la vocecita de su pequeña y sus pasos corriendo hacia él para abrazarle.

—Papá.

Saltaba y le rodeaba el cuello con sus pequeños brazos. Tenía seis años y era la niña más bonita del mundo, tanto como su madre.

—¿Cómo está mi pequeña? ¿Qué tal el colegio?

—Bien.

La dejó en el suelo para saludar a su mujer.

—Hola cielo. —la besó, ella le correspondió con una sonrisa.

—¿Qué tal el día, has apagado muchos incendios? —le preguntó mientras continuaba con la cena.

—Ha sido un día tranquilo. ¿Sabes, Sara? —se dirigió a su hija—. Hoy papá ha tenido que rescatar a un gatito.

La pequeña se giró hacia él.

—¿Un gatito?

—Sí, pero tenía dueño, aunque...

Se acercó a la niña y se sentó con ella en el sofá.

—La dueña tenía otra gatita que estaba esperando bebés.

En el pequeño rostro de la niña apareció una amplia sonrisa y luego miró hacia la cocina.

—Mamá, ¿podré tener un gatito?

Tania carraspeó y dejó la cena un momento.

—Bueno, no sé si es el mejor momento.

Iván la miró, preocupado.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—No me digas que tu madre quiere venir unos días a casa. —su voz sonó de repente más apagada que momentos antes.

Aunque la relación yerno suegra era mucho mejor que al principio, a Iván seguía molestándole que fuera tan protectora. Ahora no solo protegía a su hija, sobreprotegía a la nieta.

—¿La abuela va a venir? —preguntó Sara llena de felicidad, adoraba a su abuela, que la dejaba hacer todo lo que quería y le consentía todos los caprichos.

—No, cariño, la abuela vendrá, pero no se quedará unos días. Iván, por favor, sabes que ella te quiere.

—Sí, bueno, yo también.

Tania se acercó al sofá. Sus años de experiencia la hacían moverse con soltura y sin miedo. La ceguera ya formaba parte de su día a día, se podía decir que se había acostumbrado a la situación y casi ni percibía su presencia.

—Tengo que daros una noticia.

Ambos se callaron, supuso que la miraban expectantes. Sonrió y se acarició el vientre.

—Sara, pronto tendrás alguien con quien jugar. —Luego, dirigiéndose a un Iván que se había quedado mudo—. Amor mío, vamos a ser papás.

Sin esperarlo, notó el gran abrazo que le dio él, seguido de un largo beso.

—¿Cuándo lo has sabido?

—Me lo ha confirmado esta mañana la doctora, esperamos un bebé para la primavera.

Volvió a abrazarla.

—Soy tan feliz que me asusta. —le dijo al oído.

Ella asintió porque se sentía igual. Habían sufrido tanto que temía que todo se estropeará, pero la vida le había enseñado a que era impredecible, que no debías tenerle miedo, todo podía cambiar de repente y nada podías hacer para cambiarlo, por eso vivía el momento, disfrutando de cada pequeño milagro.

—Cariño, todo saldrá bien. No tengas miedo, ahora estamos juntos. —le dijo dándole un tierno beso.

A la felicidad familiar se unió Sara y un viejo Dustin, que se había levantado para compartir el tierno momento.

—¿Será una niña? —preguntó con su voz infantil llena de energía.

Ambos sonrieron. Iván le puso la mano en el vientre, a Tania le hubiera encantado poder ver su cara. Una punzada de dolor le cruzó el pecho al recordar cuando le notificó la misma noticia a David. No dejaría que los amargos recuerdos estropearan un día tan feliz.

—No lo sé, aún es muy pequeño para saberlo, pero sea niña o niño, te querrá muchísimo.

Iván la soltó para agacharse y hablarle a Sara.

—Serás la mejor hermana mayor que pueda tener.

—¿Y me seguirás queriendo igual? —Sara mostró sus miedos a esta nueva situación que se avecinaba, un gran cambio para ella.

Tania se agachó también y palpó con la mano hasta dar con el cabello de su hija. Escuchó a Iván contestarle con toda la ternura que sentía por su hija.

—Nunca podré quererte menos, tú eres mi vida, cariño. Vamos a ser la familia más feliz del mundo.

Notó que la abrazaba. Tania se emocionó. Desde que nació Sara, Iván se volcó en su educación, se fue a vivir con ella y a los dos años le pidió matrimonio. Fue un esposo paciente, cariñoso y un gran padre para Sara. La sintió como suya desde el primer día, sabía que, aunque tuvieran un hijo propio en común, el amor que sentía por Sara nunca cambiaría. Era un buen hombre y ella la mujer más afortunada por encontrarle, por tenerle cerca y por poder compartir su vida con él.

Las heridas por fin habían cicatrizado y dejaban que la vida siguiera su curso, ahora debían disfrutar de lo que tenían, sin miedo.